La balada de Beta-2
Samuel Delany



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-La respuesta es muy sencilla: porque están allí.

La luz blanca procedente del aplique helicoidal aguzaba el perfil del profesor.

-Pero... -intentó replicar Joneny.

-Nada de peros -le interrumpió el profesor. Estaban solos en el despacho-. No es tan sencillo, ¿verdad? La verdadera razón es que muchos de ellos estuvieron allí una vez e hicieron algo nunca hecho hasta entonces, algo que no volverá a ser visto. Y hoy siguen allí algunos sobrevivientes. Por eso tendrá usted que estudiarlos.

-Pero, señor, eso no es lo que yo había pedido -insistió Joneny-. He solicitado una dispensa que me exima del trabajo de investigación sobre esa materia. Supongo que se me considerará capaz de responder a cualquier pregunta de examen sobre el Pueblo Estelar, pero, apoyándome en mi condición de estudiante destacado, pido que se me dispense del trabajo de detalle sobre el tema. Por mi parte, estoy dispuesto a dedicar al tema de mi tesis, la civilización Nukton de Creton III o a cualquier otro que sea razonable, todo el tiempo que haga falta. -Y, tras una breve pausa, añadió-: Ya sé que es un privilegio que sólo usted puede conceder.

-Cierto -dijo fríamente el profesor, inclinándose hacia su interlocutor-. Atenderé a su objeción teniendo en cuenta su calidad de estudiante «destacado», Joneny. Usted es más que un buen estudiante: es un estudiante admirable; pero no debo ocultarle que hay algo en su petición que me molesta.

Joneny tomó aliento.

-Sencillamente, no deseo perder el tiempo estudiándolo, señor. Hay mucho que investigar en el campo de la antropología galáctica y, por lo que sé, el Pueblo Estelar es el final de una línea, carece por completo de relevancia. Constituyó un factor menor de transición, que fue eliminado de la ecuación cósmica incluso antes de alcanzar su objetivo. Lo poco que sus integrantes han producido en el terreno artístico es completamente derivativo. Todo lo que queda de él es un reducido asentamiento primitivo cerca de Leffer VI, cuya existencia tolera la Federación por motivos puramente sentimentales. Hay demasiadas culturas y civilizaciones que están pidiendo a voces ser investigadas, como para perder el tiempo husmeando por entre docenas y docenas de cascarones cromados, documentando la historia de una pandilla de imbéciles xenófobos y degenerados. No me importan lo que digan los demás: eso es lo que son.

-Muy bien, muy bien. Veo que la cuestión no le deja frío -murmuró el profesor. Miró a la pantalla que había sobre su escritorio y garabateó unas notas en ella. Luego contempló a Joneny con severidad-. No voy a concederle lo que me pide y le diré por qué. Si hace falta discutir, discutiremos, pero la razón es su calidad de «estudiante destacado». Ha dicho usted que el Pueblo Estelar fue un insignificante factor de transición suprimido antes de alcanzar su finalidad. ¿Por qué?

Joneny, que esperaba la pregunta, respondió:

-Porque sus miembros abandonaron la Tierra, rumbo a las estrellas, a primeros de 2242, con el propósito de navegar por el espacio durante un lapso de doce generaciones antes de alcanzar un destino impreciso. Apenas llevaban sesenta años de viaje, cuando ese sistema quedó arrinconado al implantarse los viajes hiperdimensionales. Cuando las diez naves con las últimas generaciones a bordo llegaron al sistema Leffer, hacía más de un siglo que la Tierra había establecido una red de intercambios comerciales y culturales con docenas de sistemas planetarios. Además, el grado de *civilización* existente en las naves era ya un estadio de barbarie primitiva, y los descendientes del orgulloso Pueblo Estelar que dejó la Tierra con tan altos ideales no habían sido capaces de sobrevivir en planetas extraños ni, menos aún, de establecer contactos amistosos con ninguna de sus culturas. Así, las diez naves se agruparon en una órbita alrededor de Leffer para que los idiotizados restos de sus poblaciones terminaran su vacilante marcha hacia la extinción. Según la información de que disponemos, se encuentran tan satisfechos como pueden estarlo semejantes seres. Por mí, que sigan así: personalmente, no me interesa saber nada más de ellos.

Seguro de haber expuesto correctamente su punto de vista, esperó la conformidad, reticente quizá, del profesor. Pero la pausa de silencio se prolongaba. Cuando el profesor habló, lo hizo en un tono aún más distante que antes:

-Usted afirma que no aportaron nada significativo en el terreno artístico. ¿Conoce a fondo *todos* los documentos?

Joneny se ruborizo.

-No soy precisamente un experto en la cuestión, señor, pero repito que después de doce generaciones cabría esperar un poema, una pintura..., algo mejor que esos insípidos y sensibleros ejercicios de nostalgia.

El profesor no cambió de expresión, pero arqueó una ceja con aire inquisitivo. Joneny siguió obstinadamente con su argumentación:

-He dado un vistazo a la recopilación de sus baladas que hizo Xamol Nella el año 79, y no hay en ella una sola metáfora, un solo símil, que puedan ser considerados originales o propios de la vida que se hacía en las Naves Estelares. Todo lo que hay son cuentos populares medio legendarios, urdidos a base de arenas, mares, ciudades y naciones. Algunos de ellos resultan interesantes, desde luego, pero no son sino puras fantasías sin relación alguna con la gente que vivía y moría en las naves. Nada podría interesarme menos que todas esas expansiones almibaradas.

El profesor arqueó la otra ceja.

-¿Nada? Bien, antes de encomendarle la tarea, quiero insistir en lo que le decía antes: el Pueblo Estelar hizo algo no visto hasta entonces ni desde entonces. Viajó por el espacio, cubriendo distancias muy largas, durante mucho tiempo. Nadie ha llegado a donde aquellos hombres llegaron, porque en realidad el desplazamiento hiperdimensional le lleva a uno *alrededor* del espacio interestelar. Por eso, puede ser cierto que encontrasen allí mares, arenas, ciudades y naciones -añadió, riendo por lo bajo. Joneny quiso replicar pero le interrumpió alzando la mano-. Usted no ha estado allí, así que no puede refutar mi opinión. Sea como fuere, hicieron el viaje más peligroso que se pueda imaginar; sólo por eso merecen ya ser estudiados.

-¿Qué hay más seguro sino el espacio interestelar, señor? -repuso Joneny en tono algo despectivo-. Allí no hay nada.

El profesor bajó bruscamente las cejas.

-Aunque eso fuera verdad, cosa que no sabemos, ¿por qué diablos cree que fuera seguro para unos terrícolas a bordo de naves estelares construidas en la Tierra? Cabe en lo posible que hubiera otras. Le recuerdo que, si bien salieron de la tierra doce naves, sólo diez llegaron al sistema Leffer, y dos de ellas lo hicieron vacías. Quizás había algo en la «seguridad» del espacio interestelar, en los mares y las arenas, que aún desconocemos. -Su voz dejó escapar de repente una inflexión de intensa emoción contenida, como una luz que irrumpiera en una habitación en penumbra, dejándola luego oscura y fría-. Ha mencionado usted la recopilación de Nella; debe de conocer, pues, la *Balada de Beta-2.* Quiero un análisis histórico completo de esa balada, sobre testimonios de primera mano. Este es el trabajo monográfico que deberá realizar en esta materia.

-Pero, ¡profesor!

-Puede retirarse.

2

Joneny estudió la lacónica nota a pie de página de Xamol Nella:

«Beta-2 fue una de las naves que llegaron vacías a su destino, el sistema Leffer. La balada goza de gran popularidad entre los sobrevivientes del Pueblo Estelar. (Para la melodía, véase Apéndice.) Obsérvese la repetición irregular del estribillo, rasgo original de muchas de las baladas del Pueblo Estelar, así como el carácter ligeramente elíptico de la sintaxis.»

«Ganas de encontrarle originalidad a toda costa», pensó, volviendo al texto de la balada.

Y llegó una mujer a la Ciudad,
a través de la arena, con el brillante cabello alborotado,
con los ojos negros y los pies irritados,
y un niño de ojos verdes bajo los brazos.

Había tres hombres de pie en la muralla
de la Ciudad: dos eran altos y uno bajo.
Uno sostenía un clarín dorado
que hacía sonar para que todos oyeran

que llegaba una mujer a la Ciudad,
a través de la arena...

Había una mujer en el mercado,
con lágrimas cual perlas en la mejilla.

Tenía ciego un ojo y le faltaba el habla,
mas pudo oír gritar a los guardianes:

-Ha llegado una mujer a la Ciudad,
a través de la arena...

Había un hombre esperando en la sala
del tribunal, para juzgar como antes hizo.
Oyó gritar a los guardianes y exclamó:
-Es ella, que vuelve a la Ciudad para morir.

Así es, ha vuelto a la Ciudad,
a través de la arena...

Había otro hombre en el cerro de la Calavera,
inmóviles las manos y enmascarado el rostro.
Llevaba una soga pendiéndole del hombro
y se erguía, callado, en la falda del cerro.

Desde la muralla tres hombres gritaron:
-¡Aléjate de aquí! ¡Vuelve otro día!
Mas de allí la mujer no se alejaba.
-He vuelto a la Ciudad, tal como prometí.

Así es, he vuelto a la Ciudad,
a través de la arena...

-Me habíais dado un plazo para que fuera en busca
de aquel de verdes ojos que os hizo lo que sois.
Pues bien: ni en toda una Ciudad ni en el desierto
he hallado un hombre al que imputar nuestra desgracia.

Pero ahora he vuelto a la Ciudad,
a través de la arena...

Cruzó los portales y los niños lloraron,
atravesó el Mercado y las voces murieron,
dejó el edificio del tribunal atrás
y llegó al pie del cerro de la Calavera.

Allí, al pie del cerro de la Calavera,
la fue a encontrar el hombre de la soga.
Miró ella la Ciudad y se volvió sonriendo.
La Un Ojo le guardaba el niño de ojos verdes.

La sangre y el fuego, el hueso y la carroña
os cubren las rodillas; no es más que polvo
la Ciudad que fue piedra, hierro y madera,
pero ella volvió, tal como prometiera.
Así es, una mujer volvió a la Ciudad,

a través de la arena, con el brillante cabello alborotado,
con los ojos negros y los pies irritados
y un niño de ojos verdes bajo los brazos.

Realizar un análisis histórico completo sobre primeras fuentes suponía visitar personalmente las naves y recabar toda la información posible sobre la balada de tres individuos distintos del Pueblo Estelar por lo menos. El «plazo de realización en laboratorio» era de veinticuatro horas, pero podía obtener un reajuste temporal en el Centro de Expediciones de la universidad, con lo cual dispondría de una semana en la Colonia Naval mientras en el *campus* transcurría sólo un día. Joneny no pensaba emplear en aquel proyecto de investigación más que el tiempo mínimo exigido. Para simplificar al máximo la tarea, decidió prolongar la excursión con otro par de horas en la biblioteca.

Para empezar, releyó la introducción a la *Recopilación de Baladas de Nella* y encontró algo vagamente interesante: «Naturalmente, no llegué a visitar el interior de las naves, debido a las limitaciones de tiempo así como a las incompatibilidades culturales. Pero sí obtuve permiso de entrada para un robot grabador y me beneficié de un evidente espíritu de cooperación. El grabador transmitió al instante una versión escrita de las letras y las partituras básicas de las melodías, además de efectuar una grabación continua. Los únicos cambios que he introducido obedecen a errores evidentes en la ordenación de palabras o frases. Debo señalar que este proyecto fue realizado con cierta precipitación, y tales errores podrían ser atribuibles a fallos del elemento impresor del robot o a meras equivocaciones del intérprete informante. Para cualquier discrepancia, consúltese el aparato de variantes de la edición crítica.»

Joneny se reclinó en su butaca. Aquello contrariaba su sentido del rigor en la investigación. Un robot grabador, falta de contacto directo y una colección completa establecida probablemente en menos tiempo del que él iba a dedicar a una sola balada. Le era fácil imaginar la escena: deambulando por las cercanías de Leffer, a Nella se le habría ocurrido enviar su grabador a las naves para ver si podía pescar alguna cosa. Quizá lo hizo aprovechando el ocio de una cuarentena o mientras se dedicaba a algún trabajo de reparación. Habría dejado el aparato conectado unas seis o siete horas, para alzarse con lo que aparentaba ser una erudita recopilación de canciones populares de acceso imposible. La falta de seriedad de tal investigación indignaba a Joneny, pues estaba seguro de que abundaban trabajos por el estilo en los inagotables archivos de la Biblioteca de Antropología Galáctica.

Movido por su irritación, consultó el aparato de variantes de la edición crítica. Los únicos versos de la *Balada de Beta-2* que Nella había corregido pertenecían a la séptima estrofa. El grabador había dado:

Cruzó los portales y las voces lloraron,
atravesó el Mercado y los niños murieron.

El error era obvio. ¿O no? Joneny frunció el entrecejo. No, resolvió; Nella debía estar en lo cierto. De otro modo, el texto habría resultado algo surreal, lo cual contradecía radicalmente la opinión que tenía acerca del Pueblo Estelar.

Había una cierta sencillez agradable en la canción, según advirtió al releerla despacio y más atentamente. Lástima que no tratase de nada en concreto.

Acudió al fichero y seleccionó otras dos grabaciones en cristal relativas al Pueblo Estelar. Apenas había media docena de ellas donde elegir; buscó las de color azul (indicador de testimonios de primera mano) y le sorprendió hallar sólo una. Creyendo en un error de catalogación, consultó con el bibliotecario y comprobó que aquél era en efecto el único cristal azul.

No llevaba título, y al introducirlo en el reproductor, Joneny descubrió con asombro que contenía la grabación del primer contacto de las naves con la Federación noventa años atrás, cuando aquéllas, ya casi olvidadas, aparecieron en el campo visual de ésta.

La voz era la de un terrícola que hablaba en alto centáurico, un idioma de consonantes duras y sílabas estridentes, cuya suma concisión lo hacía eminentemente apropiado para los informes oficiales. Hablaba de los contactos iniciales con el Pueblo Estelar y la primera acción agresiva, de rechazo, por parte de éste.

> ...finalmente tuvimos que emplear vibraciones hipnóticas. Aun así, la entrada ha resultado extremadamente difícil. Se observa un grado muy avanzado de regresión. Los soñolientos individuos, derrumbados sobre sus armas en el suelo de las cámaras interiores, van desnudos, y sus cuerpos pálidos y frágiles carecen de pelo. A pesar de sus frenéticos (diríamos casi «heroicos») esfuerzos, no nos causaron bajas, y los exámenes efectuados muestran que no son básicamente hostiles. Sin embargo, están tan esclavizados por una increíble mitología que se ha desarrollado entre ellos, basada en indescifrables avatares que creemos aconsejable dejarlos en paz. Sus medios técnicos resultarían insuficientes para un salto interplanetario de más de seis o siete millones de millas. Parece que existió algún contacto entre las naves, por radio y, presumiblemente, por medio de patrullas que cubrían ocasionalmente las distancias que mediaban entre unas y otras naves.

Hubo un largo silencio y luego la voz prosiguió:

> Conservan la escritura, que pese al poliglotismo de la población original es en inglés, aunque se trata de un inglés difícil de seguir debido a cambios ortográficos y a que los textos parecen enteramente compuestos de eufemismos. Muchas de las crónicas que hemos estudiado se refieren a alguna perturbación acaecida en el «Mercado». Supusimos que aludían a un conjunto de cultivos hidropónicos o algún otro sistema de obtención de alimentos del que estaría dotada la nave. El semántico Burber necesitó una hora para descubrir que el término constituía una referencia al complicado proceso de procreación ideado para las naves. Para mantener estable la población, el alumbramiento se prolonga artificialmente en un «banco de nacimientos», o más bien «mercado de nacimientos» mecánico, del que los presuntos padres recibían a sus hijos. Estaba concebido como un medio para mantener la consistencia de la raza y salvaguardarla de las muchas deformidades causadas por las radiaciones. En vista del aspecto de aquella pobre gente, no puede decirse que tuviera demasiado éxito.

Joneny pulsó el interruptor y releyó los dos versos de la balada que habían sido corregidos. Indudablemente la forma correcta debía ser:

Cruzó los portales y las voces murieron, atravesó el Mercado y los niños lloraron.

O quizá la inversa; pero, en tal caso, ¿por qué?

Examinó rápida pero cuidadosamente los informes sobre las distintas naves en particular y se detuvo sobre todo en un pasaje:

> ...Hemos encontrado a Beta-2 completamente desierta. Los largos pasillos están vacíos aunque las luces azules siguen encendidas. Las puertas se abren, las máquinas contienen cintas a medio pasar, y los útiles yacen en el suelo como si hubieran sido abandonados a causa de alguna interrupción. El espectáculo que ofrece la Calavera recuerda al autor de este informe las imágenes y relatos de las atrocidades cometidas en Auschwitz durante la llamada Segunda Guerra Mundial. El lugar está materialmente abarrotado de esqueletos, como si una súbita locura colectiva se hubiera adueñado de la población o se hubiera perpetrado una inconcebible matanza. Fue de nuevo el semántico Burber quien nos hizo observar el hecho de que todos los esqueletos fueran de adultos. Ello motivó un examen del Mercado, que resultó hallarse averiado sin posibilidad de reparación. Muchas de las minúsculas celdas de cristal donde se desarrollaban los fetos habían sido destrozadas sin piedad. Es obvio que existe una relación directa entre ambos horrores, pero no disponemos de tiempo para un estudio detenido. Los exámenes hipnóticos efectuados en otras naves revelaron el conocimiento de serios conflictos acaecidos en Beta-2 algunas generaciones atrás, pero su naturaleza o su alcance exactos son nebulosos, imprecisos y tergiversados por la leyenda...

Se detuvo de nuevo y recorrió rápidamente el resto del texto en busca de más menciones de la Calavera: «sección Calavera», «introducido en la Calavera» e incluso «la falda de la Calavera», pero no halló ninguna explicación concluyente.

Tomó otro cristal, que contenía la transcripción de un antiguo microfilm: un informe sobre la construcción de las Naves Estelares durante los días anteriores al viaje interplanetario.

> ...está provista de una sección Calavera que actúa como convertidor de desperdicios. Podrá usarse también como instrumento para la ejecución de la pena capital en los casos extremos que no puedan ser resueltos de otro modo en comunidades de dimensiones tan reducidas.

Sintiendo un naciente interés, Joneny volvió a la copia que había sacado de la balada. Algo grave debió suceder en el Mercado de Beta-2. La Calavera podía usarse para ejecuciones de la pena capital. Tal vez sí tenía significado la versión original de la estrofa séptima, la que había recogido el robot.

Cruzó los portales y las voces lloraron,
atravesó el Mercado y los niños murieron,
dejó el edificio del tribunal atrás
y llegó al pie del cerro de la Calavera.

Al menos, ya tenía por donde empezar.

3

Se arrellanó en el asiento de pilotaje, con la vista fija en las negras pantallas, que estaban apagadas durante el vuelo hiperdimensional. Advirtió que cruzaba en segundos el inmenso vacío a través del cual habían avanzado lentamente, a algunos miles de millas por segundo, durante siglos, las Naves Estelares. A pesar de cierta excitación que se resistía a admitir, seguía viéndose como un antropólogo galáctico en ciernes, situado ante la obligación de averiguar las causas de un incidente trivial relacionado con un callejón cultural sin salida.

Pensó con añoranza en la ciudad de Nukton en Creton III, en sus edificios recubiertos de plata, y sus jardines de piedra negra, reliquias de una raza de trágico destino que había producido admirables obras arquitectónicas y musicales, tanto más sorprendentes por cuanto no había desarrollado ninguna forma de habla ni medio alguno de comunicación directa. Su fenomenal grado de adelanto *sí* merecía ser estudiado de forma exhaustiva.

Sintió que su visión se enturbiaba ligeramente cuando el vehículo salió del hiperespacio. Abandonó sus pensamientos y se inclinó hacia los mandos.

En una de las esquinas superiores de la pantalla que tenía delante aparecía el fulgor verdoso de Leffer. Cerca de él, las naves espaciales formaban un racimo de lunas en cuarto creciente. Contó seis de ellas y le parecieron recortes de uña sobre un fondo de terciopelo polvoriento. Cada esfera, según sabía, tenía unas doce millas de diámetro. Dedujo que las otras tres debían estar eclipsadas y pudo apreciar el movimiento de las seis, parecido al de una solemne danza ritual. Habían sido colocadas en una órbita muy reducida, a unas cuarenta millas una de otra, formando un grupo delicadamente equilibrado que se movía a su vez sobre una órbita de diez años, a unos doscientos millones de millas de Leffer.

Poco a poco fue apareciendo otra luna, en tanto que su opuesta se desvanecía en la oscuridad. Graduó el visor a una longitud de onda superior y el fondo de la imagen pasó del negro al azul Prusia, apareciendo las lunas como contornos verde pálido de unas esferas en sombra.

El vehículo de Joneny era un cronomóvil ligero de cincuenta pies de longitud y una autonomía de seis semanas, lo cual no era demasiado para recorridos interestelares. De todas formas, era lo máximo a que podía aspirar un estudiante, ya que «ellos» opinaban que de jovenzuelos tan escasamente dignos de confianza sólo podían esperarse comportamientos dignos de la clase que provocaba la exasperación de la Central de Expediciones. A algunas de las naves mayores se las dotaba de un margen de dos años, lo cual era ya más razonable. En un tiempo más corto, verse en una situación de catástrofe con el momento crítico a más de seis semanas en el pasado significaba carecer por completo de posibilidad de salvarse. La única solución era oscilar entre el momento critico y la culminación, pidiendo desesperadamente ayuda por radio hasta ser rescatado por alguien que se encontrara cerca (eventualidad muy improbable), o seguir adelante y conservar la esperanza, que en los casos de catástrofe espacial no era precisamente muy sólida. En consecuencia, las Jerarquías se

quejaban continuamente de la cantidad de accidentes protagonizados por estudiantes, y éstos recibían un trato desigual.

A una distancia de mil millas, redujo la velocidad a doscientas por hora para deslizarse paralelamente a la dirección de las naves. Se preguntaba cómo averiguar cuál de ellas era Beta-2 y qué hacer primero: identificar y explorar dicha nave abandonada, o hablar (si es que accedían a ello) con los habitantes de alguna de las otras.

Había otra cuestión que le inquietaba, aunque no estaba relacionada, directamente al menos, con su investigación. Los últimos datos que había obtenido de los cristales de la biblioteca se referían a Sigma-9, la otra nave que había llegado vacía:

> ...completamente destruida -había dicho la voz contenida en el cristal-. Una vasta e irregular porción del casco ha sido desgajada, dejando al descubierto un armazón interior que refulge a la luz de Leffer con una extraña iridiscencia. Una grieta divide aproximadamente por la mitad lo que queda del casco. No hay posibilidad de supervivencia. Resulta sorprendente que la inercia y la acción del piloto automático hayan hecho llegar tal montón de restos retorcidos a su destino.

Aumentó el grado de ampliación de la pantalla hasta que las esferas cubrieron toda su superficie. Mientras observaba, una nueva nave se destacó del grupo y no tuvo dificultad en identificarla como Sigma-9. Parecía una cáscara de huevo aplastada, con una tenue telaraña de vigas contorneando como un plumón las resquebrajaduras. El principal desperfecto era la desaparición de una enorme sección del casco; desde el hueco que había dejado se extendían fisuras en todas direcciones, pendiendo aquí y allí fragmentos del cuerpo de la nave.

Su primera conclusión fue que debió de producirse una tremenda explosión en el interior, pero reflexionando sobre la forma como había sido construida la nave se convenció de que cualquier explosión de intensidad suficiente para arrancar un fragmento tan grande del casco hubiera proyectado en sentido opuesto el resto del cuerpo. Las leyes de la física de colisiones eliminaban la posibilidad de un impacto exterior. De hecho, se trataba de un tipo de catástrofe perfectamente imposible. Pero ahí estaba: flotando delante de él.

Dirigió el aparato hacia el interior del grupo y graduó la pantalla a visión normal, contemplando cómo crecían las grandes esferas. Cuando se hallaba a setenta millas de la más próxima detuvo el vehículo y la examinó infructuosamente. Decidió finalmente avanzar a sólo setenta millas por hora, a fin de disponer de más tiempo para reflexionar. A los veinticuatro segundos, oprimió el botón de Detención del Tiempo.

El tiempo se detuvo.

A efectos prácticos, se encontraba en el interior de una envoltura de suspensión cronológica, con su vehículo a unos diez pies por encima de la superficie de la nave. Pasó la pantalla a visión móvil y la imagen creció hasta rodearle por completo. Bajó el mando de dirección del visor hasta que le pareció estar de pie sobre el casco. Miró a su alrededor.

El horizonte se mostraba aterradoramente cercano y la superficie plana que esperaba lisa y uniforme parecía queso roído: las planchas estaban descompuestas, recorridas por surcos cuajados de cristales y cubiertas de protuberancias astilladas; eran de un verde que parecía serles propio, más intenso que la luz que les llegaba del lejano sol. Miró hacia arriba.

Y se quedó sin respiración: catorce veces mayor que la Luna vista desde la tierra, flotaba Sigma-9. Joneny sabía que nada se movía durante la suspensión temporal, sabía que no había nada que temer estando dentro de su nave, a escasos minutos de una docena de estrellas y sus planetas, y sin embargo le parecía que aquellas ruinas se abalanzaban sobre él a través de la negrura.

Lanzó un grito y se cubrió los ojos con una mano. Con la otra pulsó el mando de visión normal y se vio de nuevo en el interior de su aparato; la pantalla volvía a ser una simple ventana de seis pies situada frente a él.

No, la mente humana no estaba preparada todavía para el espacio abierto. El propio contorno del cristal de una escafandra seguía siendo algo corpóreo a lo que aferrarse, pero había algo terrible en aquellos restos y su débil resplandor de fuego verde, algo que le había impedido mirarlos directamente antes de sentir que se precipitaban sobre él para sepultarle.

¿Un resplandor? Joneny apartó de los brazos de su sillón las húmedas palmas de sus manos. ¿Un resplandor? Debía formar parte de la ilusión óptica que le había hecho creer en un movimiento de caída de los restos de la nave. Se hallaba en suspensión temporal y nada podía emitir aquel trémulo resplandor, pero recordó la fosforescencia verde gaseosa que parecía centellear por toda la superficie de la esfera. Volvió a dirigir el visor hacia arriba para observar de nuevo Sigma-9, esta vez desde la seguridad psicológica de su asiento. Verde y quebrada, seguía titilando tenuemente sobre el fondo del espacio.

El pánico se apoderó de su estómago. Algo debía de andar mal en el margen de tiempo. Revisó con una mirada las luces de alarma: no había ninguna encendida, todo estaba en orden. Se disponía a volver precipitadamente al régimen de hiperdimensión antes de que se produjera algún desperfecto grave, pero su mano se detuvo. Leffer. Colocó un filtro en la pantalla y aumentó la amplificación.

Una superficie solar ofrece bajo suspensión temporal un aspecto muy distinto al que posee bajo un flujo temporal normal. Algo que se conoce como «efecto Keefen» le da la apariencia de una pelota de goma bañada en cola y envuelta en un brillo fragmentado en colores. Cada uno de ellos refulge en un punto preciso, separado y prismático. Bajo cronología normal, por el contrario, presenta la textura de una fluorescente piel de naranja. Joneny podía contemplar el efecto Keefen en pleno despliegue.

Por lo tanto, *sí* estaba en suspensión temporal. Pero, indiferente a ello, algo se movía alrededor de Sigma-9.

A menos de quince millas por hora, volvió a situarse en el flujo temporal normal y empezó a buscar una entrada. Encontró una semiesfera corroída que sobresalía del casco y describió algunos círculos por encima del cierre, emitiendo su señal de identificación tan sólo para ver qué sucedía.

Le sorprendió el sonido de una voz que, hablando un inglés de acento muy marcado, llegaba a través de su altavoz.

-Sus oídos están desconectados, pero su ojos están negros. Sus oídos están desconectados, pero sus ojos están negros. No se le permitirá entrar mientras venga con los ojos negros. Identifíquese, por favor. Corto.

La metálica voz pertenecía a una estación contestadora automática y el contenido de su mensaje le dejó perplejo. Volvió a lanzar su rayo de identificación y esta vez añadió un mensaje oral:

-Si es usted un robot, tenga la bondad de ponerme en contacto con un agente humano que me permita entrar en la nave. Quisiera hablar con un agente humano.

-Sus oídos están limpios de cera, abiertos y desconectados -dijo la voz-, pero sus ojos están ciegos. No podemos verle.

Joneny comprendió: el robot parecía distinguir matices de entonación. «También quiere mi imagen», pensó. La envió y esperó a que apareciera en la pantalla la imagen de respuesta.

-Sus ojos ven con claridad. Un momento, por favor: vamos a darle una señal de entrada.

En un ángulo de la pantalla apareció la señal: una serie de círculos blancos y rayas negras. A través de ella se leía, en mayúsculas: ENTRA USTED EN LA CIUDAD DE GAMMA-5.

Una de las semiesferas que distinguía debajo de su vehículo, adheridas al casco de la nave, empezó a girar. Había sido proyectada para dar cabida a aparatos tres veces mayores que el de Joneny. Del casco cristalizado se desprendieron algunas astillas que se hicieron pedazos, levantando una fina nube de polvo. Mientras giraba, la semiesfera se dividió en tres segmentos retráctiles y se ocultó en el interior del casco. Un brazo mecánico orientó el vehículo de Joneny hacia el interior de la galería. Al divisar a Sigma-9 en la pantalla, Joneny recordó sus palabras al profesor: «¿Qué hay más seguro sino el espacio interestelar?»

En teoría, las naves disponían de instrumentos de navegación indestructibles, y sus cascos poseían una resistencia infinita. ¿Qué había arrancado y triturado parte del revestimiento exterior de Sigma-9, o despedazado la nave como si se tratara de una pieza de porcelana? Decidió satisfacer su curiosidad consultando con el pequeño computador de célula de iridio que llevaba a bordo, a ver si era capaz de sugerir alguna explicación partiendo de una medición de las tensiones y esfuerzos que todavía se advertían en el metal retorcido. Antes de hacerlo, sin embargo, entraría en la ciudad para realizar una exploración a fondo, algo que no habían hecho ni siquiera los primeros informadores. Lanzó un gruñido de desagrado mientras se cerraba la triple compuerta de la primera esclusa y esperó a que llegara a su fin la operación de atraque.

El vehículo sufrió una sacudida y se encendió la luz indicadora de repulsión magnética: las esclusas de la gran nave habían sido diseñadas para albergar aparatos mucho mayores, y las pinzas de los brazos de anclaje del suyo sólo asían el vacío. El campo magnético lo mantenía centrado, pero el dispositivo de sujeción resultaba demasiado corto. Joneny aumentó la intensidad del campo hasta la correspondiente a una aleación de titanio y lo extendió a veinte pies de su vehículo, en todas direcciones. Esperaba que eso bastara para lograr adherirse a la pared del recinto. El sonido metálico de un golpe le indicó que las pinzas habían encontrado donde asirse. En aquel momento le llegó una voz:

-Prepárese para desembarcar.

«Como si fuera tan sencillo», pensó. La presión dentro de la esclusa era la normal en la Tierra, pero, ¿sería igual en el resto de la nave? Suponía que los robots debían ser lo bastante sensatos como para no permitir la entrada de nadie en el caso de que algo anduviera mal. Por si acaso, incluyó una burbuja de apremio en su equipo de supervivencia. Comprobó el nivel del acumulador de su cinturón, se apretó el correaje de la zapatilla izquierda y se dirigió hacia la escotilla.

Los campos magnéticos selectores habían dejado fuera de uso y substituido los dobles cierres herméticos. El diafragma de metal se abrió dejándole ver el interior del tubo flexible de entrada que se había adherido al costado de su vehículo.

Aunque éste ofrecía una cierta confortable sensación de gravidez, la nave carecía por completo de gravedad. Joneny penetró en el tubo y sintió claramente la pérdida de peso. El extremo redondo del túnel lo envolvió completamente, como la ventosa de una gran sanguijuela. La luz era de un pálido azul celeste. Se detuvo en el interior del conducto apretando un botón de su cinturón energético, y a continuación asió el riel que corría por la pared del tubo y se arrastró a lo largo de él.

A través de unas ventanillas rectangulares podía ver el interior de la esclusa, débilmente iluminada por la misma luz azul. Quince pies más adelante terminaron las ventanillas y la pared acanalada dio paso a una pulida superficie de acero. Había llegado al cuerpo de la nave. Se volvió al oír a su espalda un ruido sibilante: una triple puerta acababa de cerrar el extremo del tubo flexible. En el sector en que se hallaba hacía algo de frío y corría una brisa procedente de alguna parte. Llegó al final.

Siguiendo direcciones opuestas, se extendía un pasillo de sección triangular, con una barra en hélice por su centro. En la flecha que apuntaba hacia un lado se leía: «Sala de Recreación»; otra, en sentido contrario, apuntaba a las «Oficinas de Navegación». El inglés de Joneny era del tipo académico, apto para la conversación, pero incluía muy pocos términos técnicos, ya superados casi en su totalidad; sin embargo, conocía buen número de raíces latinas que podían brindarle soluciones a problemas de traducción.

Después de estrujarse el cerebro decidió que las Oficinas de Navegación habían de resultar más interesantes. Sentía cierta curiosidad por ver qué era lo que *re-creaban* al final del primer pasillo, y qué sistema de re-creación podía haber en la nave, pero una extraña intuición pasó por su mente, y decidió tomar el segundo.

Al cabo de un momento llegó a una pequeña estancia, en cuyo centro se levantaba una ancha columna. A lo largo de la pared se veían pantallas, indicadores y numerosos paneles de control con sillones colocados frente a ellos. El suelo y las paredes eran metálicos. Joneny conectó un campo magnético ligero a las suelas de sus zapatillas y acercó los pies al suelo hasta adherirlos a él. Observó los paneles. Era evidente que aquella parte de la nave había estado dotada de gravedad tiempo atrás.

-Un momento, por favor -oyó decir por un altavoz-. Trataré de localizar a un agente humano para que se ponga en contacto con usted, tal como pidió.

-Gracias -respondió Joneny al robot-. Por cierto, ¿dónde están todos?

-Pregunta demasiado complicada. Trataré de localizar a un agente humano. -Al cabo de cinco segundos de silencio, la voz añadió-: Lo siento, señor. No puedo localizar a ningún agente humano que responda a mis llamadas.

-¿No queda gente viva en esta nave? -preguntó Joneny.

-La gente está viva -respondió el robot. Su voz monocorde sonaba involuntariamente amenazadora.

Sobre una de las mesas había un montón de libros. ¡Libros! Los libros de verdad hacían las delicias de Joneny. Pesados, difíciles de manejar y de almacenar, eran la auténtica chifladura de muchos eruditos. A Joneny le resultaban fascinantes. No importaba su contenido: pertenecían tan al pasado, que cada una de sus letras brillaba para él como las facetas de una gema perdida. Todo su significado estaba tan en contradicción con su tiempo -una era de velocidad, agresividad y masificación-, que el simple peso del papel le hacía llegar al éxtasis. En la universidad, todos consideraban un lujo ostentoso su colección de setenta volúmenes. La pieza reina era un ejemplar de la guía telefónica de Manhattan, perteneciente a 1975, con todas las páginas plastificadas.

Se acercó a la mesa y levantó el volumen de la parte superior. Los imanes que lo unían al inmediatamente inferior dejaron oír un chasquido al tirar de él. Lo abrió: las páginas eran delgadas láminas de metal, plateadas bajo la luz azul, y estaban escritas a máquina. Era un diario de navegación; cada anotación iba datada y llevaba una indicación de la hora a que había sido hecha. Joneny buscó las páginas centrales y leyó al azar:

> Ya llevamos treinta y nueve horas en el desierto. No sabemos si la nave podrá resistir mucho más. El índice de arena oscila entre quince y veintidós. Lo terrible es que no hay forma de saber cuánto más va a durar esto. Nos costó catorce horas atravesar el primer desierto que encontramos, hace doce años. Dos años después volvimos a salir del mar para viajar a través de arena fina durante casi once meses. El desgaste que sufrió la nave era increíble. Entonces ya vimos que si se volvía a producir una situación parecida, las naves no pasarían de la tercera generación. De repente nos encontramos navegando sin problemas por un océano despejado; aquello duró casi seis años. Llegó entonces una tormenta de arena de extraordinaria intensidad: durante casi tres horas, el índice de arena se mantuvo por encima del ciento cincuenta, lo que causó tantos desperfectos como la primera tormenta que habíamos pasado, la de catorce horas. ¿Cuánto va a durar ésta? ¿Otra hora? ¿Un año, cien, quinientos?

Una anotación posterior decía:

> Durante los últimos nueve días, el índice de arena se ha mantenido de forma notablemente estable en el punto seis. Es algo que se agradece, aunque seguir mucho tiempo a un índice igual o inferior, incluso de uno o dos, resultará funesto para todos nosotros. Casados esta tarde: Afrid Jarin-6 y Peggy Ti-17. La fiesta se celebraba en el Mercado; me marché pronto, algo bebido. La pareja ha seleccionado el feto BX-57911, que contiene algunos de mis genes. Jenny me dijo:
>
> -Ya que va a ser el padrino, es justo que le corresponda una parte de su genética.

Afrid encajó bien la broma, sin duda porque el niño es, fundamentalmente, de Jenny y suyo. Me marché algo deprimido. A nosotros, los que conocimos la Tierra, estos chicos, salidos del Mercado, nos parecen pálidos y amorfos. Por supuesto, nadie les ha dicho nada acerca del peligro que significa realmente el desierto. Se contentan con tan poco y creen tan firmemente en el éxito de nuestra empresa que sería cruel ensombrecer los escasos goces que pueden experimentar diciéndoles la verdad sobre la arena. Llamé a Beta-2 para hablar con Leela, aunque ya sabía que con ello sólo conseguiría empeorar mi estado de ánimo.

-¿Qué tal, capitana? -le pregunté.

-Bien. Gracias, capitán.

-¿Por qué no se viene aquí conmigo y tendremos un niño?

-Está usted borracho, Hank -me respondió.

-No demasiado -repuse-. Hablo en serio. ¿Por qué no le confía la Ciudad Beta-2 a su segundo de a bordo, toma un vehículo auxiliar y se planta aquí? Yo dimitiré de mi cargo, pasaré a ocupar un puesto de asesor y los dos viviremos el resto de nuestros días, que ya no pueden ser muchos, en la idílica ingravidez de la Sección Central. Piénselo, Lee.

-Este desierto le puede, ¿no, Hank?

-Sí, Lee. Me consume. ¿Cómo diablos íbamos a saber que nos veríamos metidos en semejante absurdo? De haberlo sabido, quizás hubiéramos podido prepararnos para todo esto, pero al paso que vamos encontraremos más campos de mesones, cada vez más espesos, hasta que nos roan el casco de las naves como si fueran limas.

-O saldremos de éste dentro de diez minutos y no volveremos a encontrar otro en todo lo que nos queda de camino. El problema está en que no sabemos *qué* hay ahí fuera, Hank.

-Sí, claro; incluso es posible que haya un dragón enorme, con alitas de colores, esperando a que vayamos llegando para engullir una tras otra nuestras naves, como si fueran confites. Aunque no es muy probable. Lo único probable es que esos malditos campos de mesones nos sigan royendo hasta que no quede rastro de nada parecido a una nave espacial. Por los visores externos se ve ya nuestro casco como el mapa de carreteras de los estados de la costa Norte del Atlántico. Trescientos años más y podremos darnos por satisfechos si llega a Leffer una simple porción de nuestro queso. Anímese, Lee, venga a pasar conmigo el tiempo que nos queda.

No podía verla. Siempre hablábamos con los ojos negros. No la había visto en persona desde que ella tenía veintidós años, y ahora me resultaba gracioso pensar que ya rondaba los setenta.

-Hank, suponga que salimos del desierto. Si lo logramos, me quedarán todavía unos diez años de trabajo para enseñar a estos chicos a sobrevivir durante los trescientos siguientes, y a que no terminen como algo de lo que la Tierra pudiera avergonzarse. Para entonces usted y yo estaremos a punto de ir a la Calavera.

-Hay otros que podrían encargarse de eso, Lee.

-No hay tantos, y usted lo sabe.

-Sí, ya lo sé -dije, al cabo de unos segundos de silencio.

Entonces ella dijo algo que me sorprendió y me hizo comprender cuánto la fatigaba el asunto del índice de arena. Hablando muy aprisa, dijo:

-La próxima vez que el índice llegue a ciento veinticinco vendré con usted, Hank -y cortó la comunicación.

Ahora me siento insignificante.

La anotación terminaba allí. Joneny pasó a la siguiente: «El índice de arena sube a once.» Leyó la siguiente: «El índice de arena baja a ocho», y la siguiente: «Indice de arena, siete.» Seguía en esa cifra durante cerca de un mes. Venía después una inscripción alarmada: «El índice de arena sube a once.» «Sube hasta treinta y dos.» Una hora más tarde: «Sube hasta treinta y nueve.» Una hora más tarde: «Indice de arena, setenta y nueve.» La anotación hecha una hora después decía:

No sé cómo sucedió ni por qué. Hacía tres horas que observaba el lento ascenso de la aguja: índice de arena, noventa y cuatro; índice de arena, ciento diecisiete. Me sentía impotente, como si mi cuerpo fuera un puro carámbano de sudor. De pronto sonó a mi lado el condenado teléfono inter-naves. Apreté el botón de escucha y oí la voz de Lee:

-Dios mío, Hank, ¿qué podemos hacer? ¿Qué ocurre, por qué?

-No... no lo sé, Lee.

-Santo Cielo, Hank, hemos estado en ciento treinta y ocho y ahora el índice de arena está en ciento cuarenta y nueve. Todo ha sido un sueño, Hank, todo un sueño. ¡Hemos soñado con las estrellas y ahora no las alcanzaremos! Oh, Dios mío, no vamos a llegar...

Estaba llorando, y yo no sabía qué decir. Miré al indicador y la aguja se movía con la velocidad del segundero de un reloj.

-Ciento noventa y seis, Hank. Vengo con usted. Ahora vengo con usted, Hank. -Sus sollozos casi me impedían entender lo que decía.

La aguja marcaba doscientos nueve.

-¿Está usted loca? -le grité-. El vehículo auxiliar se le desintegrará antes de que haya recorrido doscientas millas. ¡Maldita sea, Lee, no saldremos de ésta!

Ella seguía llorando.

-Vengo con usted, Hank -repetía.

La aguja subió abruptamente hasta mucho más allá de trescientos y de pronto comenzó a descender con increíble rapidez hacia el cero, deteniéndose unos tres segundos en el cuarenta y cinco antes de caer. Lo primero que pensé fue que el indicador se había roto. Entonces pude oír a Lee por el aparato. Estaba recobrando el aliento.

-¿Hank?

-¿Lee?

-Ya hemos salido, Hank. -Todo estaba en orden, aunque podía haber algo roto dentro de mí-. Volvemos a estar en el mar. Tenemos el camino despejado, Hank. -Y añadió-: Ahora vengo a verle. No me quedaré, pero quiero verle.

Joneny pasó la página y siguió leyendo.

Durante una media hora, el escape de su navecilla era, visto por la pantalla, como un alborotado y brillante mechón de cabello. Llegó con los ojos claros y los oídos abiertos, y descendí por el tubo para recibirla. La vi entrar. Ella debió de verme también, porque se detuvo un momento. Creo que levantó la cabeza, ya que pude distinguir el destello de sus ojos y el negro cabello ondulando sobre sus hombros. Reconocí la nariz respingona, la piel de alabastro y la sonrisa en los labios un poco gruesos. Ella avanzó entonces hacia mí y comprendí que aquéllos eran los rasgos que *yo había* visto.

-Hank -dijo cuando ya había cubierto, muy despacio, las tres cuartas partes de la distancia que nos separaba.

Di unos pasos hacia ella. Tenía el cabello blanco y lo llevaba corto. Venía con los ojos muy abiertos y no sonreía: respiraba agitadamente.

-¿Hank? -Parecía no creer que aquél fuera yo-. Hank, lléveme fuera de esta zona de gravedad antes de que me dé un ataque.

-¿Cómo?

-No me encuentro demasiado bien últimamente, y he tenido que permanecer en el sector de ingravidez.

-Comprendo.

-Lo siento, pero estos pies me están matando -explicó con una risita.

La voz era la suya -la había oído envejecer a lo largo de los cuarenta años que nos separaban ya de la Tierra-, pero cuando rodeé sus hombros con mi brazo para ayudarla, sentí su piel como la tela de un vestido demasiado holgado sobre sus huesos. Llegamos al final del tubo y entramos en el ascensor. Al llegar al sector de ingravidez pareció sentirse muy aliviada. A continuación se detuvo y me miró fijamente.

-Me parece que, al cabo de tanto tiempo, usted está en mucho mejores condiciones que yo, Hank. En fin, dicen que las mujeres bonitas envejecen pronto. Y yo era muy... muy bonita, ¿no, Hank? -Volvió a reír-. Olvídelo... Madre mía, ahora sé lo que significa tener los pies irritados.

-¿Irritados? -pregunté.

-¿No emplean esta expresión por aquí? Es la que se estila ahora entre los chicos: la utilizan para referirse a alguien que haya permanecido mucho tiempo en situación de ingravidez y pase a un sector con gravedad. No se preocupe, acabará imponiéndose en esta Ciudad. Es curioso cómo adoptamos las expresiones de los jóvenes. Ellos las toman de nosotros, les dan significados nuevos y nos las devuelven. Influyen en nosotros tanto como nosotros en ellos. -Suspiró-. Hemos puesto tanta Tierra en ellos, que quieren que todo vuelva a ser como era allí. Por eso dan nombres terrestres y aplican modismos terrestres a cosas que sólo existen aquí. ¿Cree usted que lo conseguiremos, Hank?

No respondí. Quería hacerlo, pero no podía. Ella esperaba mi respuesta con una sonrisa posada extrañamente en el desgastado contorno de sus labios. Súbitamente, la sonrisa se borró y su mirada bajó para detenerse en las rugosas manos. Cuando alzó los ojos, su rostro expresaba algo semejante al miedo.

-Lee, ya somos viejos, ¿no es cierto? Y no parece que haya pasado tanto tiempo -dije casi en una pregunta, como si creyera que ella podría explicarme cómo había sucedido.

Cuando habló, lo hizo para decir:

-Será mejor que regrese.

Apenas hablamos dos palabras más. Ya a la puerta de su vehículo auxiliar, ambos dijimos lo mismo: «Adiós». La abracé y ella me sujetó los hombros con toda la fuerza que tenía. No era mucha, y enseguida deshice el abrazo. Luego, sólo quedó de ella una llamita plateada vista en la pantalla.

Pasé de mal humor el resto del día y los chicos huían de mí como de la peste. Pero por la tarde llamé a la Ciudad Beta-8.

-Hola, capitán -oí decir a una voz conocida.

-Hola, capitán -respondí, y nos echamos a reír.

Entonces hicimos algo que no habíamos hecho en mucho tiempo: estuvimos una hora y media hablando de las estrellas.

Joneny cerró el libro. Arena y desierto: ¡campos de mesones! Y la palabra «Ciudad» formaba parte del nombre de la nave. Cabello brillante: el chorro de los cohetes de una nave auxiliar. Pies irritados... Ojos negros... Evidentemente, la *Balada de Beta-2* databa de un tiempo muy posterior al de Hank y Leela, los primeros capitanes de las naves estelares. Ahora casi todo empezaba a tener algún sentido, al menos en el estribillo. Dejó que los versos fluyeran una vez más por su mente, mientras dirigía la atención hacia su interior, apartándola de las pantallas, los cuadrantes e incluso del diario de navegación que tenía en las manos.

Y llegó una mujer a la Ciudad,
a través de la arena, con el brillante cabello alborotado,
con los ojos negros y los píes irritados,
y un niño de ojos verdes bajo los brazos.

4

-Hola -dijo alguien.

Joneny se volvió en redondo y a punto estuvo de perder el contacto magnético con el suelo. El libro saltó de sus manos y voló lejos de él: un niño se apoyaba con la mano en el borde de una compuerta circular.

Repentinamente alargó una pierna muy delgada y atrapó el libro con los dedos del pie.

-Ten -dijo, dándole un golpecito que lo hizo volver, flotando y dando vueltas sobre sí mismo, hacia donde estaba Joneny. Este lo cogió y dijo:

-Gracias.

-De nada -respondió el niño.

Iba desnudo y la piel de su enjuto cuerpo era de un blanco luminoso. Joneny le habría calculado unos catorce o quince años de no ser por las entradas que el largo cabello, fino y descolorido, dejaba sobre sus sienes de anciano, restando toda personalidad a sus facciones. Tenía la nariz achatada, los labios delgados y unos inmensos ojos verdes dominaban los rasgos de su rostro.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó.

-Pues... aquí, mirando -contestó Joneny.

-¿Mirando qué?

-No sé, lo que encuentre.

Se sentía sorprendido y algo desconcertado.

-¿Has encontrado eso? -preguntó el niño, señalando el libro con el pie.

Joneny asintió con cautela.

-¿Sabes leer?

Joneny volvió a responder con un ademán afirmativo.

-Debes de ser muy listo -dijo el niño, sonriendo burlonamente-. A que yo también puedo leer ese libro. Trae.

A Joneny no se le ocurrió nada mejor y le arrojó el libro. El muchacho volvió a cogerlo con un pie, lo abrió con el otro y se inclinó para hojearlo con la mano libre.

-Diario de Navegación de la Ciudad Gamma-5. Es propiedad del capitán Hank Brandt, que lo inició el año...

-Muy bien, muy bien -le interrumpió Joneny-. Te creo. -De pronto se abrió un interrogante en su mente-: ¿Dónde has aprendido a hablar?

-¿Dónde? ¿Qué quieres decir? -los verdes ojos del niño mostraban sorpresa.

-Tu acento... Hablas un inglés muy actual -explicó Joneny.

Resultaba mucho más moderno que el habla, entrecortada y cargada de distorsiones, del autómata que le había facilitado la entrada.

-No sé... No sé dónde lo he aprendido. Aquí...

-¿Dónde están los demás? -preguntó Joneny.

-¿Los demás? -El niño se soltó y dio una lenta voltereta en el aire, sin dejar de sujetar el libro con los pies.

-Sí, los demás, las demás personas.

-En las naves. Pero en Sigma-9 y en Beta.2 no hay nadie.

-Ya lo sé -dijo Joneny, conteniendo su impaciencia-. ¿Dónde está la gente de esta nave?

-La mayoría está en el sector central, en el Mercado, en la Pescadería, en las Montañas o abajo, en la Sala de la Piscina.

-¿Querrás llevarme a verla?

El niño se había erguido nuevamente.

-¿De veras quieres ir?

-¿Por qué no?

-No les gustarás mucho -repuso, alargando un brazo y asiéndose de nuevo al dintel de la compuerta-. A los últimos visitantes estuvieron a punto de matarlos. Esos fusiles adormecedores todavía funcionan...

-¿De qué visitantes hablas?

-De unos que quisieron entrar en la Ciudad hace noventa años.

Se refería sin duda alguna a los exploradores de la Federación. De pronto, el niño saltó hasta rebotar en el techo. Joneny quiso esquivarlo y estuvo otra vez a punto de desengancharse del suelo, pero el niño se limitó a pasar por su lado sin más y dejó el libro en su sitio: los cierres magnéticos de las cubiertas emitieron un leve chasquido.

El muchacho se sujetó al borde de la mesa con una mano y un pie, y Joneny pudo observar de cerca aquellos pies prensiles, cuyos ágiles dedos eran casi tan largos como los de las manos.

-Y bien, ¿qué haces tú aquí? -preguntó.

-El robot me dijo que estabas aquí, por eso he venido.

-¿Y no hay por aquí nadie mayor que tú, alguien que esté a cargo de todo esto y pueda facilitarme información?

-No creo que los encargados te sean de mucha utilidad.

-Pero, ¿dónde están?

-Ya te lo he dicho, en el Mercado y en la Sala de la Piscina. -Se acercó a una pared y pulsó un botón-. Ven, mira.

Una serie de manchas de colores apareció en una pantalla verde, formando finalmente la imagen de una gran sala. Joneny advirtió que parecía estar dotada de gravedad, aunque no muy fuerte. Una capa de agua burbujeante cubría el suelo y se agitaba formando un lento oleaje, y una serie de tubos de plástico transparente atravesaba la sala en todas direcciones. Inmensas barras de diferentes diámetros, semejantes a las que había en el interior de los vehículos de transporte colectivo, penetraban en el agua y una hilera de paneles de considerable tamaño se extendía a lo largo de una pared. Por entre los tubos se veían grupos de hombres (o de hombres y mujeres, no podía distinguirlo) caminando a un paso muy vivo. Sus ojos eran pequeños y rojos; probablemente estaban medio ciegos. Todos eran calvos y los pabellones de sus orejas se separaban exageradamente del cráneo. Caídos de hombros y con dedos nudosos y sin uñas, andaban a tientas y se detenían a intervalos regulares ante los tableros de instrumentos, que manipulaban mecánicamente, introduciendo varillas metálicas en el agua de la piscina y volviéndolas a sacar.

Joneny recordó de pronto la descripción que del Pueblo Estelar había hecho el primer informador de la Federación. Aquellos individuos respondían a ella mucho más exactamente que el niño que tenía a su lado. Echó una ojeada a sus manos y pies. Las uñas, algo mordisqueadas, eran perfectamente visibles. El niño, además, tenía cabello, mientras que aquellos... seres carecían de él.

-Ese es uno de los encargados -dijo el muchacho, señalando una de las figuras que había en la pantalla, que en aquel preciso momento golpeó en la cabeza a uno de sus compañeros. Este se tambaleó, recuperó el equilibrio y se dirigió hacia uno de los paneles de instrumentos-. No creo que tenga demasiados deseos de ayudarte. A propósito, eso es la Sala de la Piscina. Es un lugar que no me gusta.

Joneny contempló aquellas figuras firmemente asentadas en el suelo y luego miró al muchacho, que se mostraba tan desenvuelto en plena ingravidez.

-¿Tienes los pies irritados?

-Ajá.

-¿Qué hacen? -preguntó Joneny, volviendo a la pantalla.

-Cuidan de uno de los reactores provisionales. Hay que tenerlo sumergido en el agua para que mantenga la rotación de todo ese sector de la nave.

«Como el giróscopo de una peonza», pensó Joneny. ¡Un reactor sumergido! ¿Tan anticuadas eran las naves? Con tantas piezas moviéndose a la vez resultaba milagroso que todavía estuvieran en funcionamiento.

-¿Por qué no eres como ellos? -preguntó Joneny mientras el niño desconectaba la pantalla. Igual se lo explicaba.

-Yo vengo de otra Ciudad -respondió.

-Ah -dijo Joneny. Aparentemente, pues, aquel proceso de degradación no había tenido lugar en todas las naves-. ¿No hay nadie por aquí que pueda ayudarme?

-Ayudarte, ¿a qué?

-A obtener información.

-¿Sobre qué? Como no te expliques mejor...

-Información sobre una canción. Una canción que habla de Beta-2.

-¿Cuál? -preguntó el niño-. Hay más canciones sobre esa Ciudad que sobre todas las demás juntas.

-¿Y tú las sabes?

-Sé muchas.

-La que me interesa es la *Balada de Beta-2.* Es la que empieza así: «Y llegó una mujer a la Ciudad»...

-Ah, sí; ya sé cuál es.

-Entonces dime, ¿de qué diablos trata?

-De Leela RT-857.

¿Sería una descendiente de la mujer de la cual había estado enamorado Hank Brandt? Para cerciorarse de ello, Joneny preguntó:

-¿Quién era?

-La capitana de la Ciudad Beta-2 cuando... -El niño se interrumpió-. Cuando todo... Cuando... No sé cómo decirlo.

-¿Cómo decir qué?

-Cuando todo cambió.

-¿Cuando todo cambió? ¿Qué fue lo que cambió?

-Todo -repitió el muchacho-. Eso fue cuando los ataques a las Ciudades Epsilon-7 y Delta-6, y cuando Sigma-9 fue destruida y nos estrellamos en el desierto y el Mercado se derrumbó y... y todo cambió.

-¿Ataques? ¿Y cambió todo? ¿Qué significa que «todo cambio»?

El niño meneó la cabeza y se encogió de hombros.

-No sé más. Es todo cuanto puedo contar.

-¿Quién atacó las naves?

La única respuesta fue el silencio. Los verdes ojos, muy abiertos, reflejaban una total perplejidad.

-¿Cuándo ocurrió todo eso?

-Hace unos doscientos cincuenta años -respondió finalmente el niño-. Las Ciudades llevaban sólo ciento cincuenta años de viaje, y Leela RT-857 estaba al mando de la Ciudad Beta-2.

-¿Qué ocurrió entonces?

El niño volvió a encogerse de hombros.

-Lo que dice la canción, supongo.

«Es precisamente lo que trato de averiguar», pensó Joneny, y repasó mentalmente el texto de la balada.

-Vamos a ver. Por ejemplo, ¿sabrías decirme quién era la mujer de un solo ojo?

-Se llamaba Merril. Merril Un Ojo. Era... eso, era de los Un Ojo.

-¿Y quiénes eran los Un Ojo?

-Ahora están muertos -respondió el niño, al cabo de un minuto-. Ellos sí te habrían ayudado, pero están todos muertos.

-Pero, ¿qué fue lo que hicieron?

-Nos apartaron de los otros y trataron de instruirnos. Querían conseguir que supiéramos qué hacer. Pero al final los mataron. Les mataron los otros, ésos que has visto.

Joneny frunció el ceño. Algo empezaba a clarificarse, aunque no sabía qué.

-Es posible que en tu Ciudad haya alguien que pueda contarme todo esto con más detalle. ¿Por qué no vamos?

El niño volvió a negar con la cabeza.

-Allí no hay quien pueda ayudarte.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Acaso conoces a todos los que viven a bordo?

Joneny no esperaba respuesta, pero el niño hizo un ademán afirmativo.

-¿Cuántos sois?

-Muchos.

-Vamos a intentarlo -insistió Joneny.

El muchacho se encogió de hombros.

-No me serán hostiles, ¿verdad?

-No, no serán hostiles.

-Magnífico -dijo Joneny.

Se sentía excitado por la posibilidad de hacer algún descubrimiento en una de las otras naves. Sus zapatillas magnéticas evidenciaron ser menos eficaces de lo que creía, ya que al volverse perdió contacto con el suelo y sin poder evitarlo se encontró flotando lejos de él.

El niño, que seguía cogido a la mesa, alargó una pierna y le ofreció ayuda:

-Ten, agárrate a mi brazo.

Joneny manoteó en el vacío y logró asirle el tobillo, entonces el niño le ayudó a bajar hasta que sus pies volvieron a adherirse a la superficie metálica.

-No estás muy habituado a la ingravidez, ¿verdad? -le preguntó.

-Estoy un poco desentrenado -respondió Joneny, soltándole el pie y recobrando la posición-. ¿A eso tú lo llamas «brazo»?

-¿Cómo lo llamas tú? -preguntó a su vez el niño, con cierto enojo.

-Yo lo llamo pierna -respondió Joneny, riendo.

-Claro. Pero una pierna es un brazo, ¿no? -insistió el niño.

-Supongo que, técnicamente hablando, cualquier cosa que se pueda alargar... Olvídalo.

No valía la pena entrar en discusiones. Mientras se dirigían hacia la puerta, Joneny se entregó a algunas reflexiones: había obtenido un dato que quizá no tuviese nada que ver con la balada. Tanto las piernas como los brazos eran brazos, lo cual resultaba perfectamente lógico en una situación de ingravidez, ya que en ella brazos y piernas habían desarrollado prácticamente las mismas habilidades. ¿No sería «y un niño de ojos verdes bajo las piernas»? No, aun así el verso pertenecía al reino del absurdo.

A pesar de todo, le rondaba por la mente una idea adquirida en un curso de semántica al que había asistido tiempo atrás. ¿Cómo era? Lo llamaban «espiral de funcionalidad semántica decreciente» o algo por el estilo. De pronto lo recordó con claridad: en un medio desprovisto de gravedad, o con gravedad tan débil como para provocar el desarrollo de habilidades parecidas en manos y pies, los vocablos de localización vertical (arriba, abajo, encima, debajo) perderían rápidamente sus significados exactos. De acuerdo con la ley de la espiral, antes de desaparecer de un lenguaje, tales vocablos pervivirían durante un cierto tiempo como sutiles variantes de términos de significado más directo (entre, dentro de, a través de).

Sin darse cuenta de ello, Joneny tenía cerca dos claros ejemplos de la espiral de funcionalidad semántica decreciente: «Sala de Recreación» y «Oficinas de Navegación».

«Entre», pensó. «Y un niño de ojos verdes entre las piernas». Se detuvo cuando estaban a punto de penetrar en el tubo para dirigirse a su vehículo. El niño se detuvo también y le miró con sus grandes ojos verdes, parpadeando con perplejidad.

Era imposible, todos habían salido del Mercado de Nacimientos... Pero hubo una catástrofe y todo cambió. Joneny preguntó a su acompañante:

-¿De qué Ciudad eres?

-De Sigma-9.

Joneny volvió a detenerse cuando la triple puerta que daba a la parte flexible del tubo se retraía dentro de la pared.

-¿En qué esclusa está tu vehículo? -preguntó. El niño meneó la cabeza.

-¿En qué esclusa lo tienes?

-No tengo.

-Entonces, ¿cómo diablos has venido?

-Así -respondió el niño, y desapareció.

Joneny se encontró flotando solo en el interior del tubo. Parpadeó, sorprendido, y por un momento creyó haberse vuelto loco. Inmediatamente decidió que estaba cuerdo y que allí pasaba algo raro. Pero, si todo aquello era fruto de su imaginación, ¿cómo era posible que descubriera contradicciones en lo que le había dicho el niño? Porque había afirmado que los habitantes de Sigma-9 eran muchos, y también que aquella ciudad estaba desierta. Giró sobre sí mismo y se impulsó hacia las oficinas de navegación. Al entrar en la sala, se encaró con un altavoz del contestador y gritó:

-¡Póngame con alguien que pueda darme una explicación convincente de lo que pasa aquí!

-Lo siento, señor -respondió la voz-. He anunciado su presencia por toda la ciudad y ningún agente humano ha respondido. No ha respondido ningún agente humano -recalcó.

Joneny sintió que un escalofrío le recorría el espinazo.

5

De nuevo en el cronomóvil, reclinado en su asiento, Joneny contempló cómo crecía en la pantalla del visor el casco retorcido de Sigma-9. Las placas del revestimiento habían sido trituradas a lo largo de una enloquecida carrera de millones de millas bajo una lluvia de mesones, partículas atómicas mayores que los electrones y más pequeñas que los nucleones, que caían en un aterrador despliegue de masas, cargas y revoluciones, pero la causa de la catástrofe había sido otra.

Redujo la velocidad al ver los destellos de la maraña de vigas al descubierto que recibía directamente la luz del Sol. Pasó por encima de los restos y vio avanzar una cerrada oscuridad bajo su vehículo. A aquella distancia no podía verse la trémula fosforescencia que se agitaba en las ruinas de la Ciudad. Conectó el computador de célula de iridio para que midiera las torsiones y fracturas que había sufrido el metal. Quizá podría reconstruir la catástrofe. Planeó por las inmediaciones de la abertura del casco, que aparecía por debajo de su vehículo como un gran lunar negro, y luego descendió lentamente hacia el interior de la fosa. Vio cómo la pantalla se oscurecía al penetrar en la abertura. Recorrió con el botón selector todo el espectro lumínico: en el extremo violeta de la banda había claridad suficiente para distinguir los detalles de los restos de la catástrofe. Los contrafuertes del fuselaje, derretidos por las puntas, formaban una tupida telaraña entre una neblina de un azul que recordaba un paisaje submarino. Retenidos por la débil atracción de la masa de la nave, flotaban de un lado para otro montones de chatarra.

Joneny vio por debajo de él lo que quedaba de un corredor, seccionado como si fuera un trozo de manguera. Después de escrutar con el visor el interior de Sigma-9, se detuvo: a lo lejos, en la profundidad azulada, se distinguía un débil resplandor rojo. Dio una rápida ojeada a los indicadores, pero no detectaban ninguna radiación especialmente peligrosa. En una segunda comprobación halló una intensidad algo mayor por la izquierda, y se preguntó una vez más a qué se debería la fosforescencia verde. El vehículo se adentró en la nave. Joneny pasó el visor a luz natural, y entonces la pantalla se oscureció por completo.

El computador seguía trabajando, pero no había llegado a ninguna conclusión todavía. El vehículo logró sujetarse a una columna metálica con el brazo de anclaje, y Joneny sacó de la bolsa de supervivencia una burbuja de apremio. Estaba hecha de un complicado tejido de plasmas cristalizados geodésicamente. Podía contener aire para unas seis horas y se accionaba a través del cinturón energético. Su transparencia a las radiaciones podía graduarse hasta conseguir una impermeabilidad casi total. También ofrecía la posibilidad de realizar trabajos de precisión desde su interior, amoldándose como un par de guantes a las manos de quien la utilizaba.

La burbuja se bamboleaba en el suelo mientras se hinchaba. Joneny metió un pie en ella y sintió un cosquilleo al verse envuelto por la sustancia gelatinosa. Al cabo de unos instantes los plasmas le habían aislado.

Se dirigió hacia la escotilla, y la burbuja rodaba con él: parecía como si caminase dentro de un globo. El diafragma de piezas metálicas que hacía de cierre hermético se abrió a una negrura absoluta. Joneny se tocó el cinturón, y el filtro de frecuencias lumínicas pasó al ultravioleta. A su espalda, el interior del vehículo se oscureció al tiempo que lo que había al otro lado de la escotilla cobraba un resplandor azulado, sumido en una neblina lechosa.

Había anclado en una barrera de vigas que penetraba unas trescientas yardas en el interior del cuerpo de la nave, formando una gran malla octogonal. Una batería de corredores serpeaba por la cavidad como arterias dentro de un músculo. Mirando hacia arriba, Joneny observó el boquete abierto en el casco exterior de la nave, luego bajó la mirada y volvió a distinguir el resplandor rojizo, que se filtraba a través de las vigas retorcidas y los tabiques reventados.

Cruzó la escotilla y penetró en el espacio azulado, contemplando la esbelta forma oblonga y el tono azul plateado de la lisa superficie de su aparato. Al dirigir la mirada a la estructura octogonal que flotaba frente a él aferró su cinturón y se detuvo bruscamente, chocando con la pared transparente de la burbuja. Alguien trepaba por las vigas.

La silueta se puso en pie y le saludó con la mano.

Era el niño, que seguía desnudo y desprovisto de toda protección contra el terrible vacío de la nave. La ondulación de su cabello aumentaba el efecto submarino de la escena. Estaba a unos treinta pies. Visto a aquella distancia, y a la frecuencia de luz que dejaba pasar la burbuja, tenía los ojos negros. Volvió a saludar.

Joneny llegó mentalmente a una docena de diferentes conclusiones, varias de las cuales ponían en duda su propia cordura. Las rechazó todas y se limitó a devolver el saludo al no tener nada mejor que hacer. El niño soltó entonces su asidero y flotó hasta él. Se apoyó con

manos y pies en la superficie de la burbuja y se sentó encima de ella como una rana. Súbitamente, introdujo medio cuerpo en la esfera y al cabo de un instante estaba en el interior.

-Hola -dijo.

Joneny pegó la espalda en la curvatura de la burbuja y, abriendo desmesuradamente los brazos, buscó apoyo en el plasma transparente. Estaba sudando.

-¿Qué...? -intentó preguntar, pero se interrumpió.

Intentó ahuyentar el cúmulo de imposibles que revoloteaban como polillas en su cerebro: niños que deambulaban por el vacío, penetrando en burbujas de apremio, desapareciendo y volviendo a aparecer...

-Hola -repitió el niño, parpadeando con sus verdes ojos.

-¿Qué...? -repitió a su vez Joneny.

-¿Todo bien?

-Pero, ¿qué eres tú? -articuló al fin, separándose de la membrana.

El niño volvió a parpadear y encogió los hombros.

Joneny deseaba gritarle que se fuera, taparse los ojos hasta que aquella aparición se esfumara, y volver a su casa. No hizo ninguna de las tres cosas: el mismo instinto que le hacia dedicarse a coleccionar engorrosos libros de papel en un mundo de grabaciones en cristal, le movía ahora a observar minuciosamente todos los imposibles que había a su alrededor.

Podía ver a quince de ellos en la maraña de vigas. Algunos de pie, otros cabeza abajo o tendidos, iban desnudos y le miraban. Por lo que pudo distinguir, todos eran réplicas exactas del muchacho con quien compartía la burbuja.

-Me imaginé que vendrías aquí -dijo el niño, y añadió-: ¿Todo bien, seguro?

-Mi tasa de adrenalina debe de andar muy por encima de lo normal -respondió Joneny con toda la calma de que era capaz-, pero es debido a que me encuentro en una situación en la que ocurre un montón de cosas que no acierto a comprender.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, *tú.* -Joneny perdió parte de su calma.

-Ya te lo dije, no sé lo que soy. No lo sé.

Pese a su irritación, a Joneny no le costó advertir una auténtica turbación en el rostro del niño.

-¿Qué eres tú? -preguntó éste.

-Soy estudiante de antropología galáctica. Soy un ser humano. Estoy hecho de carne y hueso, hormonas y anticuerpos, y no puedo dar un salto de cien millas en el espacio sin un equipo apropiado, ni desaparecer a voluntad, ni atravesar una burbuja de apremio. Respondo al nombre de Joneny Horacio Twaboga y es muy posible que esté loco de atar.

-Ah.

-¿Quieres probar tú ahora?

El niño le miró desconcertado.

-Veamos: ¿cómo te llamas?

Por toda respuesta, se encogió de hombros una vez más.

-¿Cómo te llama la gente?

-Me llaman «Los Hijos del Destructor».

Puesto que Joneny carecía de la disposición necesaria para captar todo el contenido semántico de aquella afirmación, la frase permaneció flotando por la superficie de su inteligencia hasta que por el rabillo del ojo percibió el resplandor rojizo de las laberínticas ruinas.

-¿Qué es aquello? -preguntó, puesto que no se le ocurría nada mejor.

-Una Calavera -le dijo el niño.

Joneny volvió a fijarse en los duplicados del muchacho que le observaban desde la telaraña metálica. Uno de ellos dio un brinco y se alejó, mirando por encima del hombro hasta perderse en la distancia.

-¿Y ésos?

-¿Qué?

-¿Son también Hijos del Destructor?

-Sí. Son el resto de mí.

Tampoco esta vez se detuvo Joneny en las incongruencias gramaticales que podrían haberle dado muchas de las respuestas que buscaba. Volvió a mirar hacia la Calavera.

Rozó el cinturón con los dedos y la burbuja empezó a avanzar hacia el lugar del resplandor, ganando velocidad. No le habría sorprendido lo más mínimo que el niño saltara de ella al arrancar, pero, lejos de ello, permaneció en su interior.

-Por cierto, ¿cuánto aire consumes? -dijo Joneny-. Sólo dispongo de aire para seis horas y no he traído el regenerador.

-Depende. Puedo pasar sin respirar.

-Pues no respires.

-Muy bien, pero si no respiro tampoco podré hablar.

-Respira cuando tengas que decir algo, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Se aproximaban a un muro de chatarra, cuyos desechos flotaban formando una masa espesa, aunque se distinguían algunos claros.

-¿Por dónde? -inquirió Joneny.

-Puedes entrar por un corredor -respondió el niño, que añadió ahogando la voz-: Sólo... he... gastado... dos... segundos... de aire.

-¿Qué corredor?

-Ese de ahí. Un... segundo... y cuarto.

Joneny condujo la burbuja hacia la boca de un pasillo tubular que había sido reventado y abierto. Tenía las paredes del interior totalmente desnudas, provistas únicamente de asideros para el régimen de ingravidez. Dejaron atrás el lugar en el que otro corredor confluía con aquél. La unión aparecía desgarrada por la soldadura.

-¿Hacia dónde nos dirigimos? -volvió a preguntar por encima del hombro.

-Pronto llegaremos a las Montañas. Un... segundo... y...

-Déjalo, no me importa el aire que consumas. No pienso seguir aquí por mucho tiempo.

-Sólo trataba de ayudar.

Doblaron otro recodo, pasaron otro sector cuyas paredes también habían sido desgajadas y siguieron navegando en línea recta. Al llegar al final del corredor, Joneny frenó, boquiabierto.

Ante él se extendía, sumido en la neblina azul, un vasto anfiteatro. En su centro, sobre un estrado, se alzaba una enorme esfera. A pesar de la distancia y de la escasa luz, Joneny pudo distinguir las siluetas de los continentes de la Tierra grabadas en su superficie. La vacía inmensidad del recinto, las hileras de asientos, el globo que presidía la sala, todo confería a aquel lugar un aire de colosalismo totalmente alejado de la escueta vaciedad del espacio en el que flotaba la ciudad. Aquella impresión de vastedad contenida resultaba sedante e inspiraba un respeto casi religioso.

-¿Qué es esto, la Calavera?

-No, es la Sala del Tribunal.

-¿La Sala del Tribunal? -Joneny paseó la mirada por el techo abovedado y las filas de asientos, deteniéndola finalmente en el globo terráqueo-. ¿Qué era lo que hacían aquí?

-Celebraban juicios. Juicios de criminales.

-¿Había muchos criminales a bordo de las naves?

-No muchos, por lo menos al principio. Más tarde, hacia el final, hubo muchos más.

-¿Y cuáles eran sus crímenes?

-La mayoría de ellos contravenían la Norma.

-¿La Norma?

-Sí, la Norma. Si quieres puedes escuchar las grabaciones. Grababan todos los juicios.

-¿Funciona todavía el aparato?

El niño hizo un gesto afirmativo.

-¿Dónde está?

-Ahí. -Señaló el pedestal de la esfera.

Joneny pulsó un mando de su cinturón y la burbuja planeó por encima de la grada hacia la esfera. Se detuvo brevemente sobre el estrado para graduar la consistencia de la pared de la burbuja hasta tenerla en hipermeabilidad y magnopermeabilidad. Las suelas de sus zapatillas dejaron oír un ligero chasquido al tomar contacto con el suelo, al que quedaron adheridas a través de la dúctil superficie de plasma.

Buscó a su lado al niño, pero lo halló fuera de la burbuja, flotando al otro lado del globo. Le hacía gestos para que se acercara. Joneny caminó con suma precaución alrededor del estrado, y cuando llegó junto al niño, éste metió la cabeza en la burbuja para decirle:

-Ahí tienes el índice.

Joneny apretó las manos contra la membrana, que se amoldó a su forma, y la alargó hacia un pupitre. Pasó los dedos por el borde de éste, buscando el modo de levantar la tapa. Dio con un resorte que abatió, cediendo entonces la resistencia de la tapa, que se alzó mostrando un abigarrado mosaico. Joneny se inclinó para verlo más de cerca, y descubrió que era en realidad una matriz de rótulos pentagonales, cada uno de los cuales contenía dos nombres. La tapa del pupitre emitió un chasquido y se ocultó en el interior de un receptáculo. Inclinándose aún más para ver mejor en la penumbra azul, Joneny leyó:

45-A7: Milar contra Khocran; 759-V8: Travis contra la Norma; 645-M87: DeRogue contra Blodel; 89-T68L: Davis Un Ojo contra La Norma.

La bandeja de los rótulos estaba dispuesta sobre una larga cinta transportadora que se movía en dirección ascendente y era gobernada mediante un sistema de cinco índices

sincronizados, de base más o menos cronológica. Examinando los rótulos uno por uno pudo observar algo que no ofrecía dudas: a lo largo del tiempo se registraba un marcado incremento de la frecuencia de pleitos entre tal o cual Un Ojo y La Norma. La última de las etiquetas de cristal era la 2338-587: Jack Un Ojo contra La Norma.

Joneny levantó la mirada del pupitre; el niño acababa de aparecer en el interior de la burbuja. Aprovechando su presencia, le preguntó:

-¿Qué se hace con estos rótulos?

-Aprietas uno y oyes la grabación.

-¿Cómo?

-¿Cómo? Con el dedo, con el codo, con lo que quieras -respondió el niño con impaciencia-. Apriétalo y basta.

Joneny alargó el brazo, oprimió la última etiqueta pentagonal y se sobresaltó al oír crecer a su alrededor un enorme estruendo.

El sonido le llegaba por las plantas de los pies. Todo el suelo del estrado actuaba como membrana de algún gigantesco altavoz. El estruendo que oía era el producido por muchas personas hablando a la vez.

Sonó un redoble dominándolo todo y la voz baritonal de un hombre entrado en años gritó con una extraña pronunciación:

-¡Orden en la sala! ¡Silencio, por favor! ¡Orden en la sala!

La barahúnda decreció hasta que todo lo que podía oírse era el crujir de un respaldo aquí o una tos sofocada allí.

Joneny contempló las desiertas gradas del auditorio.

-Orden en la sala -repitió, sin que hiciera ninguna falta, la voz. Hubo una pausa y la voz de barítono prosiguió-: Se ha incurrido en una ligera transgresión del procedimiento normal. Capitán Alva, puede usted prestar declaración antes de que procedamos a la apertura oficial.

-Gracias, señor juez.

Era la voz de un hombre joven y también, pensó Joneny, de un hombre muy fatigado. Medía muy bien sus palabras y entre sus frases se abrían largas pausas.

-Gracias, pero lo que voy a hacer no es exactamente prestar declaración, sino formular una petición, apelando a la rectitud de este Tribunal y a la benevolencia de los ciudadanos de Sigma-9. Quisiera suplicar que no se celebre este juicio... -Hubo una breve pausa, durante la cual brotó un murmullo del público-. Y que Jack Un Ojo, además de todos los Un Ojo que siguen en Sigma-9, sean entregados a la custodia del personal de navegación de la Ciudad, para lo cual me ofrezco como pleno y único responsable de su comportamiento.

El murmullo dio paso a gritos de indignación, por encima de los cuales retumbó el mazo del juez. Su voz cortó como un cuchillo el ruido del ambiente:

-Capitán Alva, nunca se vio que...

La voz del capitán, más potente y nítida aún, dominó a todas las otras:

-Formulo esta petición no sólo en mi nombre, sino con el pleno consentimiento y apoyo de los capitanes de todas las otras Ciudades de la Nación. Nos hemos mantenido en permanente contacto radiofónico desde la tragedia de Epsilon-7. El capitán Vlyon, de Alfa-8, la capitana Leela, de Beta-2, el capitán Riche, de Epsilon-6 y los capitanes de todas y cada una de las Ciudades de la Nación me han pedido que exponga aquí esta petición, Señoría. Por su parte, todos ellos harán lo propio ante los tribunales de sus Ciudades respectivas.

La multitud desencadenó un caos sonoro. Volvió a retumbar el mazo del juez y cuando se consiguió un cierto orden se oyó de nuevo su voz conciliadora:

-Capitán Alva, debo recordarle que, como Capitán de esta Ciudad, le corresponde a usted la salvaguarda de su integridad material. Pero en el caso que nos ocupa están involucrados otros aspectos. Como Cabeza Espiritual de la Ciudad, como depositario de su limpieza moral y como legítimo representante de la Norma, debo rechazar, en nombre de la Ciudad, su petición. ¡Debo rechazarla tajantemente!

Volvió a brotar el murmullo, ahora con un perceptible tono de alivio. El martillo sonó de nuevo, sin la fuerza de momentos antes, y se hizo el silencio con mayor prontitud.

-Procedamos a la apertura del juicio en la debida forma: Caso 2338-587, Jackson O-E-5611, desviado físico y mental de primera magnitud, alias Jack Un Ojo, contra la Norma. ¿Está usted en la sala, Jackson? -Silencio-. ¿Está usted en la sala, Jackson?

Una voz chillona, en la que Joneny reconoció la fatiga que había percibido en la del capitán, respondió lacónicamente:

-Aquí estoy. ¿Para qué le sirve la vista?

-Me veo en la obligación de rogarle que se atenga a las formas establecidas que especifica la Norma y se abstenga de formular preguntas irrelevantes o impertinentes. ¿Está usted en la sala?

-Sí, señor, estoy en la sala.

-Tenga la bondad de describir su desviación de la Norma.

Se oyó un corto suspiro.

-Mi pregunta no es irrelevante: usted tiene ojos y debería haberme visto.

-¡Jackson O-E-5611! El código de la Norma exige que, para ser juzgado responsable, todo desviado sea consciente de su desviación. -Había una cierta apatía de signo defensivo en

la voz del juez-. Tenga la bondad de describir su desviación, tal como usted la conoce, a este tribunal.

-Tuve la desgracia de salir del Mercado con un juego completo de cerebros en la cabeza: algo que no es normal por aquí. También es posible que mi desviación consista en que he considerado que había una cierta cantidad de información acerca de la Tierra y nuestros objetivos, digna de ser estudiada sin permiso de la Norma. O que valía la pena unirse a otros como yo para llevar a cabo esas investigaciones. Todo lo cual me convierte a los ojos de ustedes en un Un Ojo aberrante al que hay que aniquilar antes de que acabe pensando torcidamente y pervierta a alguien.

-Resulta obvio que Jackson no es consciente de su desviación. Esto le exime de la obligación de firmar su propio certificado de reconversión. Nada nos impide ahora enviarlo a la Calavera.

-¡Por el amor de Dios! Tengo dos brazos, dos piernas, dos manos y dos pies; mis ojos ven y mis oídos oyen. Ahora dígame dónde está mi desviación.

-Que el inspector médico lea su informe comparativo.

Hubo un movimiento de papeles y alguien se levantó. Una voz de contralto dijo:

-Informe médico, elaborado hace dos días, sobre el sujeto Jackson O-E-5611, en relación con la Norma de la Ciudad Sigma-9.

-Prosiga, doctora Lang.

-Gracias. Jackson O-E-5611. Estatura: seis pies y una pulgada y media. La Norma de la Ciudad Sigma-9 señala cinco pies y nueve pulgadas con tres cuartos. Naturalmente, esta discrepancia no indica nada concluyente, pero ya constituye una desviación. El sujeto Jackson O-E-5611 es un vicioso crónico: se muerde las uñas desde su primera infancia. Este dato lo aparta claramente de la Norma, ya que dicho hábito sólo se da en un 0,08 por ciento de la población de la Ciudad, y lo hace digno de observación.

-Veo que soslaya usted los criterios más generales, doctora Lang -la interrumpió la voz del juez.

-Sí, Señoría. Pero, tal como usted me aconsejó no hace mucho tiempo en vista de la reciente destrucción de Epsilon-7, me he ceñido a las desviaciones más flagrantes.

-Muy bien. Sólo pretendía que constase que yo se lo aconsejé. Creo que el capitán Alva desea hacer alguna objeción.

-No se trata de ninguna objeción, Señoría -dijo la voz del capitán-. Sólo quisiera manifestar que es precisamente la destrucción de Epsilon-7 la razón por la cual los otros capitanes y yo consideramos que...

-Muy bien -le interrumpió el juez-. Siendo así, pasemos a escuchar el informe detallado que la doctora Lang ha elaborado acerca de la desviación.

-Señoría, yo no pretendía...

-He solicitado de la doctora Lang la elaboración de un informe detallado. Creo que no puede usted poner reparo alguno. Prosiga, doctora Lang.

-Pero, Señoría...

-Cuando quiera, doctora Lang.

Volvieron a alzarse los murmullos del público y la voz de contralto siguió leyendo:

-Peso: ciento sesenta y nueve libras, frente a las ciento sesenta y dos de la Norma. Debo subrayar que esta diferencia sólo resulta significativa tomada en relación con la estatura, evidenciándose que el sujeto, pese a estar por encima de la Norma, tiene un peso inferior al que le correspondería por su desarrollo físico.

-¿No hay otra forma más simple de decir que he pasado tres meses sin comer como es debido, gracias a la persecución de su pandilla de esbirros? -terció la tensa voz de Jackson.

-¡Jackson!

-Sigue la Norma en cuanto a lateralidad -prosiguió la doctora Lang-. Es diestro, y la Norma indica que lo es el ochenta y nueve por ciento de la población.

De nuevo se oyó la punzante voz de Jackson:

-Veo que usted sostiene el estilógrafo con la izquierda, doctora. ¿Constituye eso una desviación significativa?

-Debo recordarle, Jackson, que en varias Ciudades no se permite que los Un Ojo hablen durante sus juicios y, en algunos casos, se les impide incluso estar presentes en ellos. Me disgustaría tener que recurrir a medidas semejantes.

-Capitán Alva... -En la voz de Jackson, la sorna había dado paso a un tono de súplica.

-Hago todo lo que puedo, Jackson.

-Se aprecia una ligera diferencia de longitud entre sus miembros: el brazo derecho es aproximadamente un centímetro y medio más largo que el izquierdo. La Norma sólo admite una diferencia de un centímetro. Las piernas son de una misma longitud. La Norma de Sigma-9 indica una diferencia de dos milímetros a favor de la izquierda. Obsérvese la demacración del rostro del sujeto, que no he traducido en cifras pero que lo aparta inequívocamente de la Norma. Su nariz ha sufrido dos fracturas. El porcentaje de población que presenta roturas de hueso es de 1,6. Esto pone al sujeto en abierta oposición respecto de la Norma, como lo hace el lunar que tiene en el hombro derecho. En situaciones de gran tensión, reproducidas artificialmente, su índice de sudoración es 9,75, frente al 8,91 de la Norma. También se aprecia un marcado...

La voz de contralto siguió desgranando un rosario de datos sobre secreciones glandulares, funciones submetabólicas y tropismos de toda clase que sonaba como el

inventario de características que un biólogo moderno establecería para definir y catalogar una especie recién descubierta. Algo así debía de ser el sujeto para los otros, pensó Joneny; de otro modo no se explicaba tanto pormenor. Quince minutos más tarde, la voz hizo una pausa y, con un apresuramiento en el que Joneny adivinó falta de convicción, concluyó:

-Y debido a la gravedad de nuestra situación considero que todo lo expuesto demuestra la existencia de una desviación suficientemente marcada para hacerme recomendar la reconversión en la Calavera del sujeto estudiado.

Se dejaron oír murmullos de aprobación.

-Si lo desea, puede hacer algunas preguntas a la doctora Lang a propósito de sus deducciones -dijo el juez-. Es decir, si cree que merece la pena.

-Sí, quisiera hacerlo.

La respuesta de Jackson fue pronta y desesperada.

-Proceda, pero le recuerdo que se trata de una simple formalidad.

-Ya me ha recordado muchas cosas hoy, Señoría. -Hubo un silencio expectante, pero el juez no dijo nada-. Doctora Lang, es usted una mujer de ciencia. Mantiene una estrecha relación con el personal del equipo de biología y el de investigación del Mercado; conoce, además, a muchos de los oficiales de navegación.

-En efecto.

La voz de la doctora Lang fue inmediatamente relegada a un segundo término por la del juez:

-No veo qué relación guarda todo esto con...

-Por favor, déjele hablar -intervino el capitán Alva.

Tras unos instantes de silencio, la doctora repitió:

-En efecto.

-Recordará el caso de una niña de trece años, Tomasa, a la que hace dos años se le diagnosticó el primer cáncer de páncreas que se había dado en las diez generaciones de historia de la Ciudad.

-Sí, lo recuerdo.

-¿Recuerda también cómo le salvaron la vida?

-Sí. Aplicamos una antigua técnica de radiomicrocirugía.

-¿Cómo supo de la existencia de aquella técnica y de su forma de aplicación?

-Me habló de ella una anciana llamada...

-¡Llamada Mavel TU-5, que a los seis meses fue acusada de desviación, condenada como Un Ojo y ejecutada en la Calavera!

-Sigo sin entender qué relación guarda todo eso con...

El juez no pudo terminar la frase: se había vuelto a desatar el griterío, y el sonoro repiqueteo de su maza le apagaba la voz. Cuando se hizo un cierto silencio volvió la voz de Jackson:

-Capitán Alva: cuando falló el centrado giroscópico del distribuidor múltiple de gravedad, ¿no acudió usted a Ben Holden I-6 para que le diera un curso acelerado de física relativa durante dos semanas, antes de pensar siquiera en abrir la caja de los mecanismos?

Intervino nuevamente el juez:

-¡Eso no tiene nada que ver con su caso! ¡Tan sólo se le ha dicho que interrogue a la doctora Lang acerca de su informe!

-Por lo que más quiera, déjeme seguir. Pretendo hacerles ver que no somos un atajo de mutantes monstruosos, sino personas que tratan de conservar el saber que todavía existe en esta cueva de bárbaros que ustedes llaman Ciudad. ¡Su queridísima Norma! Encerrar a veinte personas en una habitación y matarlas con gas en nombre de la Historia; sacar a un hombre de su escondite con una manada de ratas adiestradas porque es un experto en cálculo múltiple; inyectar media docena de virus patógenos en el organismo de una mujer hasta que recite la ley de Goedle, y condenarla a ser enviada a la Calavera como mutante de imposible salvación. ¿A qué Norma se ajusta todo eso? ¿Qué mínimos requisitos de ética humana...?

-¡Silencio! -El mazo del juez retumbó en todo el ámbito de la sala, y su voz se impuso, despacio, pero con creciente énfasis-. Nuestros antepasados nos encomendaron la misión de llevar *seres humanos* a las estrellas. No estamos dispuestos a tolerar ninguna desviación. ¿Cuánto hace que los Un Ojo hicieron triunfar su conspiración en Epsilon-7 y la destruyeron?

Tres voces intentaron interrumpirle: la de Alva, la de Jackson y la de la doctora Lang:

-Pero, Señoría, no..

-El hecho de que la última comunicación proviniera de cierto Un Ojo prueba de forma concluyente que ellos fueron los últimos que estuvieron al mando de la Ciudad, subvirtiendo la autoridad de la Norma. Los quince mil habitantes de Epsilon-7 perecieron sin excepción. Sigma-9 no correrá la misma suerte. Considerando la amenaza que suponen las desviaciones, no puedo sino apoyar la recomendación de ejecución que ha formulado la doctora Lang.

-¡Perdón, Señoría! -Era la voz desesperada del capitán Alva-. Acabo de recibir un mensaje de la central de comunicaciones: nuestro enlace con Delta-6 está sufriendo graves interferencias, pero aun así llegan débiles llamadas de socorro. Parecen tener...

A continuación atronó el espacio el sonido de una explosión que no cesaba.

Joneny dio un brinco, creyendo que se había producido una avalancha humana en el tribunal, pero enseguida advirtió que se trataba de un violentísimo crepitar de parásitos. Pulsó el cristal pentagonal y éstos cesaron. Asustado, sintiendo todavía escalofríos de terror, se apartó del índice y regresó al presente. Ante él, el anfiteatro ya no estaba desierto...

Una cuarta parte de las butacas estaba ocupada por niños de piel azulada, que habían prestado una callada atención al juicio. Boquiabierto, vio como algunos de ellos abandonaban el lugar, flotando por el espacio. Buscó a su guía y lo encontró tendido indolentemente en la parte superior de la burbuja.

-¿Qué..., quiénes son? -preguntó, apuntando a las figuras que ocupaban el anfiteatro.

El muchacho metió la cabeza a través de la membrana y respondió:

-Ya te lo dije. Son el resto de mí. Los Hijos del Destructor.

-Entonces *¿qué* eres tú?

El niño terminó de entrar en la burbuja y, una vez más, se encogió de hombros. Cuando Joneny volvió a mirar, halló el anfiteatro desierto.

-¿No dijiste que querías ir a la Calavera? Joneny sacudió la cabeza, no para responder negativamente, sino para aclarar su ideas. Quería dar con una explicación del brusco final del último juicio, y también formarse algún criterio acerca del problema planteado entre los Un Ojo y la Norma. Pero no conseguía hallar explicación a la existencia de aquellos mozalbetes de ojos verdes que parecían tan dados a evolucionar por el vacío.

-Dijiste que querías verla -insistió su acompañante.

-¿Eh? -No salía de su confusión-. Ah, sí. Claro.

-Sígueme -dijo el niño, añadiendo en tono de consuelo-: Ya verás.

El niño salió de la burbuja y Joneny avanzó nerviosamente tras él.

6

Aquello quería decir la balada cuando hacía referencia al «cerro de la Calavera».

La burbuja, con Joneny dentro, acababa de entrar en una sala mayor aún que la del tribunal. Las paredes, cóncavas, se unían formando una bóveda. El resplandor que antes era azulado, ahora era escarlata. El suelo hacía pendiente y el techo descendía hasta unirse con él, formando un inmenso embudo cortado por una reja en forma de cráneo. Un amplio portal ocupaba el lugar de la boca, aumentando el parecido. Joneny se detuvo al pie de la pendiente de metal y lo contempló todo durante un largo minuto.

Cuando su mirada bajó de las alturas distinguió a un extremo una estancia en forma de hornacina, con una puerta al fondo. Adhirió los pies a las placas del suelo y echó a andar

hacia allí. Al llegar, empujó la puerta y parpadeó deslumbrado por una luz que volvía a ser azul.

La estancia era una vivienda que no había sido preparada para la ausencia de gravedad que regía ahora en aquella parte de la nave. Algunos libros habían abandonado sus estantes y se pegaban como lapas a las paredes. Lo mismo hacía la lámpara. Al entrar Joneny, la bombilla, turbada en su sueño de siglos, se encendió brevemente y se apagó. Joneny se preguntó quién habría vivido en aquel lugar.

Recorrió con la mirada los lomos de algunos libros: *Moby Dick, Les Illuminations, La Orestíada, Uro-boros, la serpiente.* No había leído ninguno y sólo le resultaba familiar uno de los títulos.

Al otro lado de la habitación había una puerta. Volvió a alargar la mano a través de la membrana maleable y la abrió. Por un instante se sobresaltó al pensar que la mancha negra que ondulaba ante sus ojos era algo animado, pero sólo era una prenda. Con un resto de sorpresa, descolgó la tela y la extendió: cuando deshizo los pliegues, vio una soga arrollada, a modo de emblema, a uno de los hombros del vestido. Este flotaba sin ahuecarse, y por detrás del cuello se levantó una parte que Joneny no había visto: una caperuza negra que debía ocultar por completo el rostro, excepto dos grandes aberturas a la altura de los ojos.

Joneny frunció el entrecejo. Volvió a colgar aquella prenda en el armario y cerró la puerta, atrapando con ella una de las mangas, que quedó aleteando pausadamente en aquel espacio sin vientos, como un brazo arrancado de cuajo.

Luego dirigió su atención a los libros que se arracimaban en la estantería. Uno de ellos era grueso y negro, y su aspecto le resultaba familiar. Era parecido al que contenía el diario del capitán Hank Brandt. Joneny lo cogió y examinó sus páginas plateadas. No era un diario; las anotaciones poseían la concisión de un registro oficial. En la primera página había un epígrafe:

Señor, ¿qué estoy haciendo aquí?

Y a continuación se leía: *Ejecutado hoy a las 14.00:* un nombre y una fecha. *Ejecutado esta mañana a las 6.30:* otro nombre y otra fecha. *Ejecutado esta tarde: ...*

El libro estaba a medio llenar. Joneny buscó la última entrada: *Ejecutado esta tarde a las 11.45: Jackson Un Ojo O-E-5611.*

Evocó unos versos, e instantáneamente los escuchó junto a sí, en el interior de la burbuja. Cambió de posición para escuchar mejor al niño, que entonaba una extraña canción:

Había otro hombre en el cerro de la Calavera,

inmóviles las manos y enmascarado el rostro.

Llevaba una soga pendiéndole del hombro

y se erguía, callado, en la falda del cerro.

Joneny soltó el libro, se acercó a la puerta de la vivienda del verdugo y desde allí miró a la Calavera.

Los Hijos del Destructor, que eran ya varios centenares, estaban de pie en la pendiente que conducía al cráneo de metal. Todos se volvieron al unísono y le miraron. Sus cuerpos enjutos proyectaban unas sombras alargadas en la bóveda escarlata.

Joneny miró a su lado y no halló al niño: había vuelto a salir. La frase *«¿Qué* eres tú?» acudió de nuevo a su mente, pero antes de alcanzar a articularla vio que se encogía de hombros. Reflexionó unos segundos y le dijo:

-Puedes leer mi pensamiento, ¿verdad?

El niño hizo un gesto afirmativo.

-Por eso hablas tan bien... El niño volvió a asentir.

-Y, en cambio, aseguras que no sabes lo que eres... -dijo Joneny, tratando de conservar el dominio de su voz y sus pensamientos.

El niño repitió el gesto de antes.

-¿Por qué no intentamos averiguarlo? -Le indicó que se aproximara y el niño penetró en la burbuja-. Volvamos a mi vehículo, ¿quieres?

-Bueno -respondió.

Desandaron el camino por el corredor azul, pasaron por la sala del Tribunal y salieron a la brecha del casco exterior en la que esperaba la nave de Joneny. La burbuja saltó al vacío y se aproximó al oblongo plateado. A pocos metros de la escotilla, Joneny aminoró la velocidad.

-Quiero que esperes aquí fuera hasta que te llame -dijo.

-Muy bien.

Joneny avanzó y el niño atravesó la pared posterior de la burbuja, quedándose donde estaba. Al entrar en el vehículo a través del campo selector, Joneny volvió súbitamente a sentir los efectos de la gravedad. Reventó la burbuja, que arrojó a un rincón como si fuera una bola de celofán, y a continuación miró por la escotilla: a unos veinte pies, iluminado por las luces del cronomóvil, el niño le saludaba con la mano. Le devolvió el saludo y se dirigió hacia el cuadro de mandos. Antes de situar la nave en suspensión temporal volvió a mirar al niño; luego se acercó de nuevo a la escotilla y examinó el exterior.

En aquella oscuridad no debería moverse nada, ya que, hablando en términos relativos, todo lo que había fuera de su vehículo estaba atrapado en el tiempo; aunque también podría decirse que lo que estaba atrapado en el tiempo era precisamente su vehículo.

-Ya puedes venir -dijo.

Joneny pensó que podían ocurrir dos cosas: que el niño se quedase quieto o bien que cruzase la escotilla. Confiaba en que sucedería lo segundo, puesto que guardaba cierta relación con el extraño resplandor flameante que había visto alrededor de Sigma-9, que también era indiferente a la suspensión temporal. Por otra parte, le ayudaría a determinar las razones de la suprahumanidad del niño; su ignorancia del tiempo (en el sentido de desprecio o indiferencia) haría más comprensible su desprecio del espacio.

Pero no ocurrió ninguna de aquellas dos cosas: todo estalló.

En el exterior del vehículo, una oleada de luz escarlata arrolló la red de vigas. En el interior, la gravedad aumentaba y disminuía en un vaivén enloquecedor. La figura del niño se convirtió en un géiser de chispas verdes que acribillaban los bordes de la escotilla. Los altavoces de la nave chirriaban en distintos tonos. Joneny se precipitó hacia los mandos, pero a su visión le sucedía algo inexplicable: la cabina se duplicaba, se cuadruplicaba, se multiplicaba incesantemente y sus manos, entregadas a la desesperada búsqueda del botón que reintegrase la nave al flujo temporal normal, se perdían en un número casi infinito de alternativas. Perdió el sentido.

Estaba volando, orbitando alrededor de inmensas estrellas pulsantes de pensamiento. Delante de él brillaba una luz blanca tan hermosa que hacía llorar. Se alejaba de ella y se veía ante un verde de una pureza cegadora, delirantemente gracioso. Planeaba hacia sus cercanías y se sentía envuelto en una ola de intensísimo calor. Veía un rostro avanzando hacia él por una larga galería: era el rostro de un hombre de ojos verdes, cabello oscuro y pómulos salientes. El rostro, cada vez mayor, se precipitaba sobre él, y él alargaba los brazos para rechazarlo, pero sus manos avanzaban y avanzaban miles y miles de kilómetros sin tocarlo, hasta que una de ellas tropezaba con el mando de tiempo.

Se encontró de pie frente al cuadro de mandos. Sentía unas ligeras náuseas, pero estaba sano y salvo. Se hundió en el asiento de pilotaje y se volvió hacia la entrada para ver llegar al niño.

-¿Qué ha pasado? -le preguntó Joneny.

-Me has llamado, pero yo no podía... No podía... No...

-¿No podías venir?

-No podía oírte. Así que mi... padre... ¿Padre? Esa no es la palabra, pero no tienes otra. Mi padre me dijo que me habías llamado.

-¿De qué estás hablando?

-De mi padre, pero no es mi padre. Del Destructor.

-¿Quién es el Destructor?

-Yo vengo de él, vengo de allí.

-Cuando te pregunté de dónde venías, me dijiste que venías de esta nave, de Sigma-9.

-Sí, es donde está mi padre.

-¿Y en qué parte de la nave está?

-Está en todas partes -dijo el niño, con el ceño fruncido.

-Me voy a Beta-2 -exclamó Joneny, cerrando la escotilla-. Quizás allí pueda encontrar algo.

Trató de sacudirse el entumecimiento que le había dejado el extraño incidente, soltó el anclaje del vehículo y lo orientó hacia la hendidura del casco de Sigma-9.

El computador de célula de iridio, que no había dejado de funcionar un solo instante, encendió inesperadamente el indicador de fin de operaciones. Joneny abrió el receptáculo de la cinta y leyó la respuesta. Todo lo que la máquina había sido capaz de sacar en claro era que Sigma-9 había sufrido el desgajamiento de una porción de su casco por la acción de una fuerza exterior. Como si fuese una naranja que alguien pelase.

-Eh, para -ordenó el niño: estaban a mitad de camino entre las dos ciudades-. Para.

-¿Por qué? -replicó Joneny.

-Para y lo verás.

Joneny situó el vehículo en una espiral de velocidad decreciente.

-Conecta la suspensión temporal.

Joneny accionó el mando con precaución. No pasó nada.

-Ahora vuelve a mirar a Sigma-9 y verás a mi padre.

Intrigado, Joneny dirigió el visor hacia las ruinas que acababan de dejar. Como habían hecho la primera vez, resplandecían con un flamear fosforescente, perfectamente ajenas a las condiciones temporales.

-¿Ves ese resplandor? -dijo el niño-. Es él.

-¿Quién?

-El Destructor.

7

En Beta-2 reinaba el silencio. Las compuertas se habían abierto sin la intervención de ningún autómata, y los corredores, aunque estaban llenos de aire, carecían de gravedad.

-Quiero encontrar los documentos -anunció Joneny a su acompañante al entrar en la galería triangular.

-Por aquí -le indicó el niño.

Accedieron a una estancia que debía ser la biblioteca de la nave.

-Estos son todos -dijo el niño, acercándose a una pared cubierta de libros protegidos por un cristal.

Joneny abrió el cristal: en los estantes se alineaban los volúmenes negros que debían contener los diarios de navegación de toda la travesía. Cogió dos de ellos, que contenían registros del Mercado y datos sobre la producción de alimentos. Buscaba por dónde empezar, cuando el niño cogió otro y se lo ofreció.

-Este era el de mi madre.

Antes de caer en la cuenta del significado de aquellas palabras, Joneny levantó la cubierta y leyó: «Diario de Navegación de la Ciudad Beta-2. Es propiedad de la capitana Leela RT-857.»

«¿Madre?», repitió para sí, recordando la interpretación que había dado a aquel verso: «y un niño de ojos verdes bajo los brazos». El niño hizo un ademán afirmativo.

-Busca donde habla del primer ataque -dijo, alargando el brazo por sobre el hombro de Joneny y pasando rápidamente las páginas. Estaba por el final:

Primera anotación:

Esta tarde llegó la noticia de que habíamos salido del mar y viajábamos por una zona de arena fina. Durante la primera media hora el índice anduvo cerca de los cuarenta, lo cual me produjo uno de esos extraños accesos de parálisis que vengo sufriendo últimamente con todos esos conflictos absurdos de los Un Ojo. Luego bajó a tres y se quedó así durante un par de horas. Por ahora no se mueve de ahí. La arena es siempre peligrosa, pero si todo sigue como está podremos resistir algunos años. Lo inquietante es no saber con certeza si el índice va a subir o va a bajar, ni cuándo.

Al atardecer abandoné la reunión del departamento y me propuse visitar el sector Un Ojo. Al pasar por la Avenida me encontré con el juez Cartrite.

-¿Qué la trae por esta parte de la Ciudad? -me preguntó.

-Sólo estoy dando un paseo -le respondí.

-Viene a interesarse por sus protegidos, ¿no? -dijo, señalando con un gesto a las personas que había alrededor.

-Sólo paseaba, juez -le repetí.

-Creo que vamos en la misma dirección. Caminemos juntos un rato y así daremos una imagen oficial de solidaridad.

-Tengo que regresar en seguida -dije, pero se puso a caminar a mi lado por la acera.

-¿Ha oído hablar del nuevo grupo ceremonial que han formado en el Cuadrante Dos? Han añadido algunas variaciones muy refinadas a los ritos que establecí hace diez años. Es algo que le da a uno una sensación de trabajo bien hecho. Por cierto -añadió, bajando la voz-, casi nunca me entero de que los oficiales de la Ciudad asistan a las actividades de esos grupos. Debe animarles a que lo hagan, Lee. Cuestión de solidaridad.

-Estamos siempre muy atareados, juez, y debe reconocer que los ritos son poco más que una forma de matar el tiempo. -Le sonreí, supongo que para no escupirle.

-Para mucha gente significan bastante más que eso.

-Pondré una nota en el tablero de avisos -le dije. Me habría gustado pegársela en la cara.

-No esperaba menos de usted -dijo con una risita. Cuando llegamos al final de la Avenida me preguntó-: ¿Tiene que regresar?

-Me temo que si.

Me despedí cuando llegamos a la puerta del ascensor de la esfera administrativa.

El corredor estaba desierto y mis pisadas resonaban en él. Al llegar al final vi extenderse a mis pies la enorme estructura del laberinto, con los pasadizos y las galerías elevadas que lo atraviesan en todas direcciones. Forman una maraña tan espesa que no dejan ver más allá de cien metros. Mientras me acercaba al borde de la amplia sima recordé cómo jugábamos por aquellos lugares en nuestra infancia. Nos asustaba la posibilidad de caer y perdernos. Tomé aliento y me arrojé desde el borde de la plataforma. Sentí la pérdida de peso y me encontré flotando hacia la telaraña de barras metálicas que forma el laberinto. Pasar de una zona de gravedad normal a otra de ingravidez requiere cierta habilidad. Hay quien no llega a aprender nunca; más de un cuerpo ha ido a parar a la Calavera, desnucado a consecuencia de un choque con una pared o una viga, sufrido en situaciones de esta clase. Resulta perfectamente obvio que aquella parte de la nave no ha sido concebida para ser habitada; se efectúan allí algunos trabajos necesarios para el funcionamiento de otros sectores de la Ciudad, pero los ciudadanos no entran nunca en aquel laberinto de pasadizos ocultos, nichos metálicos y cuevas que ocultan complicados mecanismos. Sin embargo, habitan allí seis o setecientas personas. Distinguí la caja del giróscopo, una esfera de metal con remaches, de unos setenta y cinco pies de diámetro. Me acerqué a ella y me agarré a uno de los tirantes. Repté a lo largo del cable hasta poner un pie en la superficie de la esfera. Jugando con otros niños de la Ciudad en las cercanías del laberinto aprendí que una bota magnética resultaba muy útil, y que dos eran un engorro; así que me planté con un solo pie en la caja.

Lancé algunos zumbidos con el transmisor de mi cinturón para anunciarles mi llegada, cuando a mi espalda una voz conocida dijo con suavidad:

-¿Para qué hace eso?

Estuve a punto de volverme bruscamente, pero me contuve para no perder apoyo. La voz reprimió una carcajada, mientras yo trataba de mirar por encima del hombro.

-Ya me ha dicho Ralf que cada vez que vengo aquí usted se entera de ello apenas salgo de la zona de gravedad, pero prefiero anunciar mi presencia por si acaso. No puedo pasarme el día entero parada sobre un pie.

Oí que volvía a reír entre dientes.

-¿Es usted, Timme? -pregunté.

Giré lentamente sobre mí misma, pero él, que podía moverse cinco veces más deprisa, se mantenía fuera de mi campo visual.

-Estoy aquí -dijo.

Me volví bruscamente hacia el otro lado y lo vi flotando ante mí, riendo por lo bajo.

Timme tendrá diecisiete o dieciocho años. Es un muchacho de piel oscura, lleva el pelo sin cortar y va vestido de harapos. Es manco y lleva una manga anudada a la altura del hombro.

-¿Quiere ir donde Ralf? -me preguntó.

-Para eso he venido -contesté.

-Sus deseos serán cumplidos, capitana Lee -dijo, inclinando la cabeza con una sonrisa levemente burlona.

Con su única mano desenrolló una cuerda que llevaba a la cintura y me arrojó un cabo. Hice un bucle, me lo pasé por debajo de las axilas, al tiempo que me agarraba fuertemente al nudo. Timme sujetó el otro cabo dándole un par de vueltas alrededor de su muñeca, lo cual siempre me había parecido poco seguro.

-¡Suéltese! -gritó.

Retiré el pie de la esfera.

-Por allí -dijo, apuntando a un hueco de unos diez pies que había entre dos gruesas columnas.

Tomando impulso como una rana en la superficie de la caja del giróscopo, ¡saltó en la dirección totalmente opuesta! Esto siempre me ha desconcertado a propósito de la ingravidez: ¿cómo consiguen calcular los movimientos? La cuerda se tensó y tiró de mí a una velocidad tres veces mayor de la que yo me hubiera atrevido a alcanzar, pero cuando Timme llegó al final de su salto, la cuerda le hizo girar sobre mí y nuestra trayectoria cambió por completo. Cada uno a un extremo de la cuerda, formábamos un cuerpo compuesto que, dando vueltas, se dirigía directamente al espacio que se abría entre las columnas.

Un recorrido por aquel sector de la Ciudad dejaría en ridículo a lo que nuestros antepasados llamaban «montañas rusas»: cada cinco o seis segundos salíamos despedidos en una dirección distinta.

Entramos en un espacio abierto, y ante nosotros giraba el Anillo. Habían descubierto un camino de unos treinta pies de ancho que admitía el paso de objetos de ese tamaño, el cual describía un vasto círculo de trescientos pies de diámetro. En él, los Un Ojo habían construido un anillo de metal que era movido por el sobrante de energía de. la Ciudad, y sobre el cual se alineaban pequeños habitáculos en los que se mantenía una fuerza de gravedad equivalente a cuatro quintas partes de la normal. Aquellas construcciones, tinglados extremadamente endebles que de vez en cuando se desmontan, saliendo despedidos y causando algún accidente, se balanceaban como las vagonetas de una de esas norias que había visto en viejas fotografías. Subir a un tren en marcha no debía de resultar tan difícil como aterrizar en el Anillo.

Cada vez que voy allí, cierro los ojos y dejo que me lleven.

Timme descendió hacia el carrusel de chozas de plancha, y yo cerré los ojos, asiéndome a la cuerda con todas mis fuerzas. Un instante después sentí que tiraban de mí y me devolvían a la gravedad. Los Un Ojo, incluso los que como Timme padecen alguna deformidad, han desarrollado una destreza de movimientos que deja muda de asombro a la mayoría de la población de la Ciudad, mucho menos audaz. Sin duda, buena parte del temor que inspiran se deba a ello.

Abrí los ojos: Timme estaba cerrando el escotillón. Me encontré sentada en el suelo, con Merril de pie ante mí.

-Bien, capitana Lee, ¿qué la trae por aquí?

-Quería hablar de unas cuantas cosas con usted y con Ralf. ¿Saben que hemos entrado en un desierto?

Me tendió la mano para ayudarme a que me incorporara.

-Sí, pero no podemos hacer nada al respecto. No habrá venido hasta aquí sólo para decirnos algo que nuestros instrumentos muestran tan bien como los suyos.

En su voz había el mismo acento burlón de Timme.

-No, hay algo más -repuse-. ¿Está Ralf por aquí?

Merril hizo un gesto afirmativo. Los dos, Ralf y ella, venían a ser los líderes de los Un Ojo, aunque el término pueda resultar demasiado concreto para una comunidad de estructura tan amorfa, vertical y horizontalmente, como aquélla.

-Sigame -dijo-. Ralf ha oído sus señales; la estábamos esperando.

Tomamos un pasadizo de techo muy bajo. La luz qu entraba por una ventana barría la pared opuesta, recordándonos que estábamos en una construcción en constante movimiento.

Cuando entramos en la habitación que había al final, Ralf levantó la mirada de su mesa y se levantó sonriente.

-¿En qué puedo servirla, capitana Leela?

Su despacho no tenía grandes pretensiones. Había ficheros adosados a las paredes y dos cuadros como únicos elementos decorativos: la *Asunción* de Tiziano, el antiguo pintor terrícola, y uno perteneciente a un artista de la segunda generación de la Ciudad, que representaba unas manchas verdes y negras eclipsándose unas a otras en una composición abstracta, inquietantemente tenebrosa.

-¿En qué puede servirme? -pregunté a mi vez-. Hablen conmigo los dos como lo hacen las personas inteligentes, empleando frases que yo pueda ordenar con arreglo a la lógica. Digan algo gracioso, si se les ocurre, sobre la última estupidez que corra por la Ciudad, y si hace falta denme algún consejo.

-¿Tan mal están las cosas?

Me senté en una hamaca tendida a través de la habitación. Merril lo hizo al lado de un archivador. Vi que Timme se había sentado en un rincón; aunque nadie le había dicho que viniera, a Ralf y Merril no parecía molestarles su presencia.

-Cuando venía aquí me tropecé con el juez Cartrite. Me dio a entender que el personal oficial debería ir pensando en asistir a los ritos. Es lo único que nos faltaba.

-¿Qué son esos ritos? -preguntó Timme desde su rincón.

-Por suerte para ti, nunca tendrás que molestarte en saberlo -le dijo Ralf-. Es una de las ventajas de vivir con nosotros. Tú llegaste aquí con tres años, pero los que tardamos más en venir sabemos demasiado bien en qué consisten.

La última vez que le visité, Ralf me contó que Timme había caído en el laberinto cuando niño; pasó más de treinta horas flotando, perdido, hasta que lo encontraron. Uno de los grandes conductos de ventilación que impelen el aire a más de setenta millas por hora lo había succionado cortándole el brazo por encima del codo con las palas del extractor. En lugar de devolverlo a la Ciudad, exponiéndole al riesgo de ser perseguido por la Norma, que en aquellos días se mostraba particularmente severa con los niños, los Un Ojo lo guardaron con ellos y cuidaron de él hasta que sanó.

-Un montón de gente se reúne y durante horas se dedica a hacer cosas totalmente faltas de sentido; las razones que les dan para que lo hagan no tienen ninguna base. Así, por ejemplo, se colocan cabeza abajo durante cinco minutos y beben un vaso de agua teñida de rojo, repitiendo catorce veces la operación, en honor de las catorce revoluciones por hora a que gira la Sala de la Piscina para mantener la gravedad. El color del líquido es un homenaje al espectro solar.

-Eso ya lo sé -dijo Timme, riendo-. Lo que pregunto es para qué sirven.

-Que me muera si lo sé -contesté.

-¿Lo dice en serio? -preguntó Merril.

-¿Qué quiere decir?

-¿Por qué cree que conservan esos ritos?

-Porque no tienen nada mejor en que ocuparse. Necesitan algo que les llene la mente, y no tienen las agallas necesarias para venir aquí al laberinto, a luchar por su supervivencia.

Ralf se echó a reír:

-Si todos vinieran aquí no habría nada por lo que luchar, Leela: moriríamos todos. Mire, nosotros vivimos nuestra vida al margen de la de ustedes, los del sector oficial de la Ciudad. Nuestra lucha consiste en algunas raterías en los depósitos de excedentes de alimentación y en regateos con los suyos cuando precisan disponer de ciertos conocimientos especializados de los que ellos carecen y que nosotros poseemos. Todo lo que somos, Lee, es gente que no participaría por nada del mundo en los ritos de la Ciudad, pero que se siente frustrada si no consigue reproducir en miniatura, por puro pasatiempo, la instalación de radar de la Ciudad. Ideamos nuevos sistemas de cultivos hidropónicos, no para obtener comida, sino para divertirnos, y distribuimos formas y colores sobre una tela por el puro gusto de hallar nuevas composiciones. Quizá todo esto no sea más que otro tipo de ritos.

Timme se puso en pie.

-¿No es hora ya de que llegue Hodge?

-Sí -dijo Merril-. Debe de estar al otro lado de la pista. Sal y ayúdale a entrar en el Anillo.

Timme cruzó la puerta de un salto.

-¿Hodge? -preguntó.

-Ajá -respondió Merril en tono afirmativo.

-¿También él les hace visitas?

-Se siente solo. Seguramente más solo que usted.

-Es curioso. A veces le veo pasear por la Avenida. Nadie le habla, todos le vuelven la espalda, pero él sigue paseando, mirando a la gente y observándolo todo. No creo que nadie quiera dirigirle la palabra. Si eso sucede en el sector oficial, me sorprende que por aquí se dignen siquiera recibirle.

-¿Por qué? -preguntó Merril, de nuevo con su sonrisa. Me encogí de hombros.

-Pues... porque es el responsable de muchos de los problemas que ustedes... Quiero decir que cada vez que el departamento legal decide vigilar más estrictamente el cumplimiento de la Norma... -No terminé la frase.

-¿El responsable? -insistió Merril.

-Entiendo. Se limita a cumplir órdenes, ¿no?

-Hodge está muy solo, y la mayoría de los que vivimos en la red también lo estamos. Sí, quizá deberíamos temerle, pero es posible que tengamos algo de suicidas -dijo Ralf.

-Viene dos veces por semana -explicó Merril-. Pasa la tarde con nosotros, cena aquí y juega al ajedrez con Ralf.

-¿Dos veces por semana? -pregunté-. Para mí es toda una sorpresa que venga al sector oficial más de una vez al año.

-A veces he pensado que usted y Hodge tienen mucho en común, ¿sabe?

-¿A qué se refiere?

-A que usted y él son las dos únicas personas a quienes no les está permitido elegir pareja para ir al Mercado y tener niños.

-Salvo que yo puedo dimitir cuando lo desee y jugar a familias, mientras que Hodge está atado de por vida a su cargo -le recordé.

Ralf asintió con la cabeza.

-Pero, además, ustedes dos son responsables de toda la nave, cada cual en su terreno, y no sólo de un sector. Ni el propio juez Cartrite tiene poder sobre los Un Ojo, excepto cuando le cae alguno en las manos, pero a ustedes dos les debemos la misma obediencia que cualquier otro poblador de la Ciudad.

-Ya lo sé. Respondemos de toda la nave... -Tras una pausa, dije-: De eso precisamente quería hablarles. A veces pienso que traiciono esa responsabilidad por el solo hecho de permitir que se sigan practicando los ritos. Sí, ya lo hemos discutido en un par de ocasiones y ustedes me han dicho que todos practicamos nuestros ritos: desde mí misma, con mis deberes como capitana, hasta el último infeliz que se pasa el día empujando con la nariz una bola de acero hasta la cima de una rampa metálica como homenaje al Viaje a las Estrellas, pasando por usted, Ralf, y sus estudios de ciencia política terrestre. Pero tiene que haber algún modo de distinguir entre todos ellos. A veces me detengo a comparar con Timme los chicos que veo en el sector oficial. Timme, aun siendo manco, posee una agilidad, una vivacidad... Se le ve en la mirada. En cambio, ese muchacho al que Parks instruye en investigación de Mercado... Es un chico brillante, desde luego, pero a todo responde con lentitud. Parks me ha contado que el chico está consternado ante nuestra falta de interés por los ritos; por lo visto cree que somos unos seres embrutecidos e incapaces de sentir ninguna preocupación por cosas elevadas.

Ralf escuchaba en silencio. Cambié de posición en mi asiento y seguí hablando:

-Todo lo que acabo de decir conduce a lo siguiente: algún día llegará el fin de las Ciudades, y eso es lo que todos parecen haber olvidado. Ese día nos encontraremos ante un mundo nuevo y joven que se nos ofrecerá flotando en el espacio; un mundo con fuerzas

naturales que dominar y alimentos que habrá que buscar, cultivar y cazar, que ya no nos llegarán de unos cultivos hidropónicos por medio de una cinta transportadora. Nosotros no llegaremos a verlo, pero ese día ya no está tan lejos: no está a quinientos o seiscientos años de distancia, sino apenas a ciento cincuenta o doscientos. Y cuando observo a uno y al otro, me inclino a pensar que, llegado el momento, depositaría a Timme en ese mundo para que se abriera camino en él, y no al chico de Parks. Si consiento que la Ciudad degenere en una apática comunidad de observantes de ritos, no habré cumplido con mi deber.

Hubo un silencio, durante el cual Ralf permaneció pensativo. Yo me preguntaba cuál sería su respuesta. Merril no parecía tener ninguna. En aquel momento apareció Timme.

-Ha llegado Hodge.

La respuesta, si es que había alguna, quedó para mejor ocasión.

Me volví para ver llegar a Hodge. Era un hombre alto, de pómulos marcados y mirada profunda. Llevaba la caperuza negra echada a la espalda, y cuando se detuvo en el umbral la soga que le pendía del hombro a modo de emblema se balanceó sobre su pecho. El negro de su uniforme me hizo ver los colores de la habitación; los cuadros que había creído lúgubres me parecían ahora luminosos.

Charlamos durante algún rato, y cuando fue hora de cenar me excusé, pidiendo a Timme que me acompañara. El muchacho me guió una vez más por la alucinante travesía hasta el extremo del laberinto. Esta vez no cerré los ojos y pude ver a muchos de los Un Ojo ejecutando el fantástico salto que los situaba en el Anillo con la misma facilidad con que habrían subido a una acera.

Mientras me remolcaba, Timme adivinó mis pensamientos:

-Hodge se desenvuelve por el laberinto casi tan bien como cualquier Un Ojo, pero aún necesita ayuda para dar el salto. Es cuestión de práctica.

Me desató y me dio un empujoncito hacia la galería. Al volver a la gravedad normal estuve a punto de perder el equilibrio; me volví, saludé a Tinime con la mano y emprendí el camino de regreso a mi despacho.

8

Segunda anotación:

Parks me despertó a las tres y media de la madrugada para darme la primera noticia. Estaba de guardia nocturna en el Mercado, así que él fue el primero en notarlo. Me levanté de la cama y apreté el botón del intercomunicador de emergencia.

-¿Qué demonios pasa? -pregunté-. ¿Es que ha vuelto a subir el índice de arena?

-Soy Parks, capitana; la llamo desde el Mercado.

-¿Qué quiere a estas horas de la noche?

-Acabo de comprobar el indicador, capitana, y no se ha movido. Pero ocurre algo, posiblemente peor...

-¿Peor?

-La radiación que hay por toda la Ciudad se ha triplicado. No entraña peligro para quienes están en su zona, pero me preocupa su posible efecto sobre los fetos. He intentado proteger los anaqueles, pero dudo que sirva de mucho.

-¿Qué ha ocurido, entonces? ¿Ha descubierto cuál es el reactor averiado?

-De eso se trata: todos están perfectamente. Es algo que viene desde fuera.

-¿Está seguro? ¿Ha averiguado si a las otras Ciudades les sucede lo mismo?

-No; primero quería llamarla a usted para conocer su opinión.

-Voy a llamar a Alfa-9, para ver qué ocurre.

-Muy bien, capitana. ¿Puedo seguir a la escucha?

Llamé a la Nueve y esperé unos cinco minutos hasta que Riche respondió.

-¿Cómo está hoy mi queridísima Leela?

-Desconcertada -respondí-. La radiación nos está inundando la Ciudad. Por ahora no es muy fuerte, pero según me informan, viene desde fuera.

-Me han despertado hace veinte minutos para decirme lo mismo. -Su voz sonaba ahora algo preocupada-. Les he dicho que lo comprobaran todo de arriba abajo y he vuelto a meterme en la cama. Tuve una velada muy tensa, discutiendo con el juez Philots: resulta que en uno de los sectores de ingravidez alguien erró el cálculo y se rompió la crisma; dos Un Ojo le recogieron y trataron de ayudarle, pero murió y ahora el juez quiere acusarles de intromisión en los asuntos de un ciudadano. He pasado la noche peleándome con él hasta terminar agotado. ¿Qué significa todo eso de la radiación? Tenía entendido que ayer habíamos entrado en una zona de arena fina...

Se produjo entonces una irrupción de parásitos que duró cerca de un minuto. A pesar de las interferencias podía distinguir voces. Cuando el ruido cesó, el capitán Riche dijo:

-¡Eh! ¿Qué ha sido eso?

-No sé. ¿Está todo en orden por ahí? -inquirí, pero a mitad de la frase hubo una nueva interrupción por parásitos, y todas las luces de llamada de mi escritorio se encendieron a la vez. Oprimí la primera: pertenecía a Meeker, de Comunicaciones.

-Ignoro de qué se trata, pero algo les sucede a los de Epsilon-7. Tratan de establecer contacto con nosotros; parece que algo no funciona.

-Pásemelo, por favor.

-Se lo paso.

Volví a oír el ruido ensordecedor de los parásitos y, a través de él, las mismas voces ininteligibles. Meeker cortó para decir:

-Conecte su video y le haré llegar la señal que estamos recibiendo, capitana.

Encendí la pantalla de mi mesa, que viró del gris al negro y mostró un puñado de discos luminosos sobre un fondo salpicado de estrellas. Era la imagen radioscópica de las Ciudades. En aquel momento las voces lograron abrirse paso a través de las interferencias; mejor dicho, la voz, ya que pude darme cuenta de que se trataba de una sola voz que repetía una y otra vez las mismas palabras. Durante un breve lapso, el mensaje fue perfectamente inteligible:

-...Epsilon-7, aquí Epsilon-7. Alarma roja, alarma roja. ¿Me escucha alguien? ¿Me escucha alguien? Aquí Epsilon-7...

Las otras Ciudades ya debían de haber sintonizado. Finalmente se escuchó otra voz, libre de parásitos:

-Aquí el capitán Vlyon, de Delta-6. Le recibo muy bien, adelante.

Delta-6 aparentaba tener muchos menos problemas que nosotros con las interferencias.

-Gracias a Dios. Aquí Pike Un Ojo, llamando desde el sector Un Ojo de Epsilon-7. Todos los demás, los del sector oficial, han muerto. No sé, deben de haberse vuelto locos o algo parecido. Llegó alguien, o algo, un hombre con los ojos...

Hubo un nuevo salto de parásitos, y cuando cesó, el capitán Vlyon decía:

-Lo siento, no comprendo lo que me cuenta. Por favor, Pike, cálmese y vuelva a empezar.

-Me parece que la nave ha estado a punto de reventar. Hará unos cuarenta minutos. La Ciudad estaba en ciclo nocturno, pero hubo una sacudida muy fuerte y todo el mundo se despertó. Dos o tres personas resultaron heridas, y todos empezaron a perder la serenidad, pues ignoraban qué había ocurrido. Entonces vieron una figura de fuego, con ojos verdes, que avanzaba por la Avenida. Yo no lo vi, pero me lo han contado. No lo entiendo... Todos están muertos. Hace veinte minutos algunos de nosotros hemos intentado registrar el sector oficial: había cadáveres por todas partes, todo estaba lleno de cadáveres, si bien quedaban algunas personas con vida que chillaban como si pretendieran decirnos algo. Pero entonces vimos una luz y regresamos aquí a toda prisa.

-Oigame, Pike...

-¡Vengan a sacarnos de aquí, maldita sea! Nos hemos escondido en el laberinto, pero pueden llegar hasta nosotros en los vehículos auxiliares. Por el amor de Dios, vengan y sáquennos de...

Un terrible alarido cortó las palabras de Pike, que a su vez gritó. Entonces comprendí por qué me había pasado Meeker la señal de video: algo extraño ocurría a uno de los círculos, a Epsilon-7. Una aureola se extendía a su alrededor, y toda la nave temblaba. De pronto la radio enmudeció y Epsilon-7 empezó a desintegrarse. Primero se aplastó, y luego cinco o seis grandes fragmentos salieron disparados en distintas direcciones. El resto se resquebrajó como una cáscara de huevo. En cinco minutos, aquella mole de doce millas de diámetro se desmenuzó ante mis propios ojos y los pedazos se esparcieron por el espacio.

En las once Ciudades restantes debía de haber gente viendo lo mismo que yo. Durante diez minutos sólo hubo silencio. Me sentía incapaz de articular palabra. Finalmente se oyó la voz del capitán Alva.

-Capitán Vlyon, ¿está usted ahí? ¿Qué ha pasado?

Le respondió una voz que parecía al borde del agotamiento.

-Sí, estoy... Todavía estoy aquí. No sé...

No terminó la frase. Tuve la sensación de que aquél no era el mismo hombre cuya voz habíamos escuchado poco antes. ¿Acaso seguíamos todos siendo los mismos?

-No sé... -repetía.

Tercera anotación:

El sobresalto ha pasado y, en consecuencia, no circulan tantos rumores por la Ciudad. Seguimos sin salir de la arena, pero, comparado con la destrucción de una Ciudad, eso no es problema. Se respira un ambiente de pánico silencioso al que no podemos sustraernos. Esta mañana el juez Cartrite me saludó con afabilidad:

-Al menos, de todo esto ha salido algo bueno: mucha gente ha vuelto a los ritos.

No sé si esperaba que me volviese loca de alegria. Meeker y otros tres ingenieros de comunicaciones de otras tantas ciudades tuvieron la presencia de ánimo suficiente para registrar todo cuanto sucedió aquella noche. Los de Comunicaciones trabajaron toda la mañana para establecer un análisis comparativo de las grabaciones, tratando de desentrañar el contenido de los fragmentos que resultaron oscurecidos por las interferencias. Por la tarde habían sacado en claro no más de diez palabras, que no añadían nada nuevo a lo que ya sabíamos. Se celebró una conferencia inter-Ciudades, durante la cual debíamos aportar nuestras sugerencias; el resultado fue desalentador. Primero, cinco minutos de silencio. Luego, un cuarto de hora de especulaciones a cuál más descabellada. Finalmente se dio por terminada la reunión.

Poco antes de la hora de cenar me llamó el capitán Alva.

-¿Alguna novedad? -le pregunté.

-Sí, más problemas. Corre el rumor de que los Un Ojo de Epsilon-7 se habían apoderado de la Ciudad para lograr su destrucción.

-¿Cómo?

-No es nada serio, pero ya se habla de volver a aplicar la Norma con rigidez.

-¿De quién ha salido la idea?

-No lo sé. Para muchos, el solo pensamiento de que nuestra Ciudad pueda correr parecida suerte es algo que no pueden soportar. Todo el mundo se pasa el día dando vueltas en busca de alguien a quien denunciar. Y los Un Ojo son los más apropiados.

-Pero, ¿por qué?

-Me imagino que el razonamiento debe ser éste: la última comunicación que llegó de Epsilon-7 procedía de un Un Ojo; por lo tanto, éstos fueron los últimos que estuvieron al frente de la Ciudad; por lo tanto, se la habían arrebatado a los oficiales; por lo tanto..., y así hasta donde quiera.

-¿También cree que se las arreglaron para destruir la Ciudad?

-No me lo pregunte a mí, pero uno de los grupos ceremoniales ya lo da por sentado y ha incorporado esa creencia a sus ritos. Se embriagan con éter y forman un círculo alrededor del celebrante, que arranca el ojo izquierdo a un gran muñeco. Acto seguido se ponen todos a entonar lamentos y experimentar visiones de destrucción.

-¿Eter? Eso no me gusta nada.

-Ni a mí. Por lo que a mí respecta, los ritos pueden hacerse tan complicados como se quiera, pero no paso por los narcóticos.

Le di la razón.

-Sólo confío en que este asunto de los ritos no se salga de cauce. Esta tarde ha venido Parks, el jefe de mi departamento de Investigación de Mercado, a quejarse del chico al que prepara para ayudante suyo. Me ha contado que el chico lleva siempre consigo un bloc de papel y un lápiz, y que de vez en cuando se entretiene en garabatear algo. Parks creía que hacía cálculos o algo parecido. Pues bien, hoy no ha habido forma de que hiciera nada útil. Se ha sentado en un rincón y se ha pasado el día enfrascado en sus garabatos. Parks le ha preguntado el porqué de aquello, y el niño le ha explicado que los miembros de su grupo ceremonial trazan determinados signos cada vez que acuden a sus mentes determinados tipos de idea. No ha explicado de qué ideas se trata, pero le han mantenido ocupado todo el día, ya que no ha parado de dibujar círculos, cruces y paralelogramos.

-Ya veo -dijo Alva-. Todo esto me preocupa, por emplear el eufemismo de moda.

Cuarta anotación:

No llevaba ni un cuarto de hora trabajando en mi despacho, cuando el juez Cartrite solicitó ser recibido.

-Pase -le dije por el intercomunicador, y al momento le tuve frente a mí.

-Hola, buenos días. He pensado que sería mejor consultárselo antes de que mis ocupaciones me lo impidieran. Ahora habrá que introducir muchos cambios, ¿sabe? Habrá que hacer observar más estrictamente muchas leyes que han sido descuidadas.

-¿A qué se refiere?

-A si lo han adoptado o no como explicación oficial de la catástrofe de Epsilon-7.

Junté las manos y me recliné en el sillón.

-Por lo que sé, no se ha facilitado ninguna explicación mínimamente plausible al respecto.

-Vamos, vamos -dijo el juez-. No irá a decirme que no ha llegado a sus oídos. En toda la Ciudad no se habla de otra cosa; por eso he querido asegurarme de que fuera oficial.

-¿De qué se habla en la Ciudad?

-De que los del sector Un Ojo de Epsilon-7 se apoderaron de su Ciudad, hicieron una matanza entre la población y finalmente destruyeron la nave.

-No se ha considerado siquiera la posibilidad de nada semejante.

-En tal caso, debería usted...

-Además, es un disparate.

-¿Está segura?

-Lo estoy. Venga, quiero que escuche todo lo que nos llegó de Epsilon-7 la noche que desaparecio.

Llamé a Meeker para que nos pasara la grabación. El juez la siguió en completo silencio. Yo la había visto quince veces y ya había olvidado el impacto que podía causar la primera vez. Al terminar, el juez seguía callado y su rostro reflejaba preocupación. Finalmente, murmuró:

-Bien...

-¿Le ha parecido ésa la voz de un hombre que acabara de apoderarse de una nave?

-Bien... -repitió-. Quizá... no fuera real, o estuviera preparada, o algo así. Al fin y al cabo, ¿qué fue, si no, lo que se apoderó de la nave? ¿Esa insensatez del hombre verde con ojos de fuego, o al revés?

Cuando el juez se hubo marchado, Parks me llamó.

-La radiación sigue siendo más bien intensa, capitana. Las mutaciones que van a aparecer pondrán a la Norma al borde del ataque de nervios.

-Ahora mismo vengo a dar un vistazo.

-Sabemos que nadie puede hacer nada al respecto, capitana, pero se lo agradeceremos.

Los apliques fluorescentes dan al Mercado una atmósfera luminosa. A lo largo de los anaqueles corren unos tubos relucientes en los que se completa la gestación de los niños. En el vestíbulo se hallan los ficheros genealógicos, en los que está registrado el patrón cromosómico de cada habitante de la Ciudad.

El ayudante de Parks permanecerá sentado en la mesa control, con la rubia cabeza inclinada, absorto en su bloc. A los pocos instantes apareció Parks.

-Hola -me dijo, sonriente. Al ver que observaba a su ayudante me hizo un gesto de resignación-. Haga como si no le viera. Venga, quiero mostrarle algo. -Nos dirigimos al fondo de la sala-. He recubierto las blástulas con una lámina de plomo: son las que más lo necesitan. No creo que resulte afectado ningún feto de más de cuatro meses, pero, aun así, va a ser una especie de lotería.

Una parte de los relucientes anaqueles, en la que los tubos habían sido envueltos en plomo, aparecía opaca y apagada. Al mirar las hojas de metal oscuro y arrugado, sentí de pronto el peso de mi responsabilidad ante aquellos millares de seres en formación y ya nacidos, lanzados todos a una veloz carrera por las estrellas, perdidos en la intemporalidad, entre mares y arenas, oscilando entre la vida y la destrucción, girando unos alrededor de otros como los puntos de un dado.

-Bien. Tal como usted dijo, no puedo hacer gran cosa -reconocí-. Este lugar me deprime. Quizá sea que hace salir mis instintos maternales.

Parks se echó a reír.

Seguidamente abandoné el Mercado y regresé a mi despacho.

Quinta anotación:

Esta tarde llamó de Sigma-9 el capitán Alva, muy irritado.

-¿En qué situación se hallan ustedes con respecto a los Un Ojo, Lee?

-Cartrite les está amargando la vida -respondí.

Le oí lanzar un resoplido.

-Por aquí es mucho peor -dijo-. Debo hacerle una petición un tanto extraña.

-Adelante -dije, con un matiz de pregunta.

-¿Se uniría a mí en una petición oficial dirigida a los departamentos judiciales de todas las Ciudades para que no persigan a los Un Ojo? Se lo estoy proponiendo a todos los capitanes. Tal como van las cosas por aquí, los Un Ojo se habrán extinguido en menos tiempo

del que se tarda en decirlo. Y si perdemos sus conocimientos, perderemos todo resto de humanidad.

-No deberíamos mezclarnos en los asuntos judiciales -insinué.

-Lee...

-Sólo estaba pensando en voz alta. Nuestra situación no se diferencia en mucho de la suya. Si contara usted con el apoyo de los otros capitanes, me sentiría más tranquila. Pero, ¿qué es lo que soy, una mujer o un ratón? Cuente con mi adhesión, capitán Alva; eso sí, hágame llegar el texto del documento antes de presentarlo.

-Gracias, Lee, es usted el tercer capitán que me da su conformidad.

El agradecimiento que había en su voz reflejaba un alivio que yo también sentía.

-Creo que obtendrá el apoyo de todos, a juzgar por lo que ya ha conseguido. Espero que sirva para algo.

-Yo también lo espero, Lee -dijo con un suspiro.

Fue un suspiro largo y profundo, que debió hacer estremecerse a las estrellas.

Sexta ano tación:

Han muerto todos. Quisiera llorar de desesperación: la Ciudad Delta-6 ha sido destruida. Todo ha ocurrido en diez horas. Empezó con un estallido de parásitos que interrumpió la transmisión del juicio de Jack Un Ojo, que todos seguíamos con atención. Llegaron primero algunas señales muy débiles, que daban a entender que el pánico se había apoderado de la nave, y luego una llamada de socorro del departamento de comunicaciones. Más parásitos. Parece que de nuevo apareció el ser de ojos verdes. Todo resultaba irreal. Ignoro incluso si debo tomármelo en serio; es más sencillo pensar en alguna broma cósmica. Pero se trata de algo real, y las vidas de todos los habitantes de la Ciudad dependen de la correcta percepción de esa realidad. Cerca ya del fin, el único mensaje recibido procedía de los Un Ojo: tres veces socorro. Un ser de ojos verdes que les había arrebatado a la vez la cordura y el dominio de la Ciudad, se paseó triunfalmente durante diez horas entre los supervivientes de aquella nave. Y al final, la destrucción.

Cuando el fin de aquello parecía ya próximo, llamé al capitán Alva:

-¿No podríamos hacer algo? ¿Y si yo fuera allí...?

-No diga tonterías, Lee. ¿Qué conseguiría con ello?

-Por lo menos, averiguar...

En aquel momento se oían los gritos por el intercomunicador.

-Si no sale con vida, ¿de qué habrá servido, Lee?

-Servirá si descubro qué es lo que está acabando con sus vidas.

En la pantalla, la nave comenzó a desintegrarse. Y aquellos gritos, Dios mío...

9

-No hace falta que leas las dos páginas siguientes -dijo el niño. Joneny las pasó y siguió leyendo.

-¡Socorro, por Dios, que alguien nos ayude!

Por el altavoz, sobre un fondo de enorme griterío, oí la voz del capitán Alva. Llamé a Meeker por radio -¿qué otra cosa podía hacer?- y le dije:

-Prepáreme una nave de enlace inter-Ciudades. Voy a ver qué les pasa.

-Pero, capitana, si la desintegración la sorprende allí...

-La última tardó diez horas en producirse. Tengo tiempo de ir y volver.

-Sí, pero la anterior sólo duró dieciséis minutos. Esta nave puede durar más, menos o lo mismo. Además, el índice de arena...

-Me voy, Meeker. Prepare el vehículo.

Cuando cinco minutos después salía de mi despacho, oí que me llamaban desde un corredor adyacente:

-¡Capitana!

-¿Qué hay, juez Cartrite?

-Me ha dicho Meeker que sale usted hacia Sigma-9.

-¿Y eso a usted qué le importa? -repliqué con irritación.

-Capitana, le prohíbo que vaya. De lo contrario, le prohíbo terminantemente que vuelva.

Aquello me detuvo bruscamente.

-¿De dónde saca usted la autoridad para decirme lo que puedo hacer y lo que no?

-Debo recordarle que la moral colectiva de esta nave está bajo mi responsabilidad. Considero que si usted volviera de Sigma-9 el efecto sería desmoralizador.

-Por Dios, juez, ¿qué teme usted?

-Imagínese que trae con usted al Destructor...

-¿El Destructor?

-Sí, el Destructor, el ser de ojos verdes que está acabando con...

-Veo que, por lo menos, ya no echa la culpa a los Un Ojo -le interrumpí-. Me voy, juez.

No le hice demasiado caso, ya que a la vez estaba furiosa y asustada. Subí al vehículo de enlace, cerré la escotilla, me desconecté los oídos, abrí los ojos y emití la señal de salida. La triple compuerta se abrió y me zambullí en la arena. El medidor señalaba 3,7. Sigma-9 se agrandaba en la pantalla del visor y parecía un huevo fosforescente. El robot contestador advirtió:

-Sus oídos están desconectados -encendí el receptor de radio-, y sus ojos ven.

Se abrió la compuerta, y al penetrar en la esclusa el medidor del índice de arena se puso en cero. El túnel de acceso se adhirió al costado del vehículo y, al entrar en él, sentí que el estómago se me encogía de temor por lo que pudiera encontrar. Oí un leve tintineo metálico que atribuí primero a mi propia ansiedad. Mientras subía por el corredor, que estaba desierto, aumentó de intensidad. Cuando ya me dirigía hacia las oficinas de navegación, advertí que algo repiqueteaba como un timbre en mi cerebro. Torcí hacia la Plaza de la Ciudad, preguntándome si ya habría avanzado mucho por el camino que conducía a la destrucción.

De pronto, ante mí, descubrí a unos cuantos individuos que huían silenciosamente y con paso vacilante. Uno de ellos cayó al suelo, y a continuación le siguieron otros dos. Otro se echó a un lado y el último se apoyó unos instantes en una columna para resbalar lentamente hasta el piso.

Manipulé la radio de mi cinturón, intentando sintonizar con las fuerzas que quedaran en la Ciudad, dondequiera que estuviesen. Cuando di vuelta al mando, el timbre dejó de repicar en mi cerebro y se hizo real. Todavía intentaba decidir qué hacer, cuando el zumbido del altavoz osciló, y finalmente moduló una voz:

-¿Quién eres?

-¿Eh?

La sorpresa me impidió responder. Quería averiguar de quién procedía aquella voz y pensé en devolverle la pregunta, pero desistí.

-Soy el Destructor. Los tuyos me llaman el Destructor. ¿Quién eres tú, que vienes aquí a perseguir al Destructor?

Era algo muy extraño. Por un momento pensé que algún chiflado se había apoderado de los sistemas de comunicación que seguían en funcionamiento.

-Y tú, ¿quién eres? -repliqué. Mi aparato sólo era receptor, pero supongo que el desconcierto me hizo olvidarlo-. ¿Dónde estás? ¡He venido a ayudaros!

A través del receptor, aquella voz fluctuante respondió:

-Estoy aquí.

Todo cuanto sucedió seguidamente creo que pasó en mi mente: a mi alrededor todo enloqueció y me vi envuelta en un vendaval de emociones, sensaciones y pensamientos. A través de aquel caos vertiginoso vi avanzar por la Avenida algo enorme y resplandeciente, la forma inmensa de un hombre desnudo, parecido a un espectro de ojos centelleantes.

Me asusté tanto que sólo acerté a gritar:

-¡Basta! ¡Quieto!

Y todo cesó. Mi cabeza volvió a su posición y pude contemplar cómo aquella figura se difuminaba, desaparecía y volvía a perfilarse al otro lado de los devastados restos de la plaza.

-Estoy aquí -repitió, pero esta vez la voz reverberaba desde las imprecisas inmediaciones de su cabeza.

-¿Qué estás haciendo? -pregunté, sorprendiéndome por primera vez de que estuviera manteniendo con él aquella comunicación imposible.

-No lo sé. Ayúdame -dijo.

-¡Estás acabando con nosotros, eso es lo que haces! -grité.

-Me acerqué muy despacio a sus mentes, con mucho cuidado, pero todos murieron lanzando gritos. Sus mentes son demasiado pequeñas.

Se balanceó y dio unos pasos vacilantes, mientras su forma cambiaba como en un sueño. Mi corazón latía aceleradamente, aunque yo me iba recobrando.

-A mí no me ocurre nada de eso -dije.

-Tú me has pedido que me detenga. Ahora no estoy en tu mente, tan sólo tienes mi imagen en los ojos y en los oídos.

No entendía demasiado bien de qué hablaba, así que le dije:

-En ese caso, acerca un poco tu imagen, pero no hagas nada que pueda... que pueda dañarme la mente. Quiero verte.

Atravesó en tres pasos el ámbito de la plaza hasta erguir su gigantesco cuerpo ante mí. Tenía los ojos verdes.

-En realidad no me ves. He tomado esta imagen de sus mentes, para poder penetrar mejor en ellas. Pero sus mentes se rompen, incluso cuando me acerco despacio.

-¿Y la mía? -pregunté, no muy segura de cuáles eran mis palabras.

-A la tuya me acercaba muy deprisa, pero me ordenaste detenerme y lo hice.

-Gracias. -Recordé el significado de aquel «acercarse muy deprisa». De pronto pensé en la misión que me llevaba allí-. ¿Dónde está el capitán Alva?

-Murió, como casi todos los demás... Todos muertos.

-¿Todos...?

-No me ordenaron que me detuviese.

No pude contenerme.

-Pues ahora no te muevas, ¡maldita sea! ¿Por qué no se te ocurrió quedarte quieto antes? ¿Quién demonios crees que eres? ¡No se te ocurra moverte, no des un paso! -le grité con todas mis fuerzas.

Posiblemente le dijera otras cosas, no lo recuerdo. Sólo sé que al terminar temblaba de pies a cabeza, aterrorizada y frenética.

Aquel ser no decía nada, pero seguía ante mí. Al final sólo fui capaz de preguntarle:

-¿Qué eres?

Como si hubiera comprendido el significado más oculto de mis palabras, repitió suavemente:

-No lo sé.

-¿De dónde procedes? -se me ocurrió preguntarle.

-De fuera, de fuera de la Ciudad. Existo en... en la arena, como llamáis a los campos de mesones que rodean las naves.

La idea que acudió a mi mente era demasiado grande para caber en el reducido espacio de mi razón:

-¿Vives en... en el mar y en la arena?

Hizo un gesto afirmativo.

Hasta entonces mi cerebro había mantenido un ritmo de actividad imparable, que aceptaba sin preguntas todo cuanto se le presentaba. Pero ahora se ahogaba en un cúmulo de imposibles, lleno de interrogantes.

-Pero, ¿quién..., cómo puedes comunicarte conmigo?

-En realidad no puedo hacerlo. Desmenucé sus mentes y ahora conozco vuestras imágenes y vuestras palabras, pero vuestras mentes resultan demasiado pequeñas para mí. En realidad no puedo comunicarme contigo, pero en todo momento sé lo que piensas. Tomé esta imagen para que pudierais verme de alguna forma, pero la tomé de vosotros.

-Entiendo -dije, recobrando el aliento que casi había perdido.

-No comprendí que estabais vivos hasta que tú me dijiste que me detuviera. Era la primera vez que uno de vosotros se dirigía a mí. Ahora evoco la imagen de uno de los vuestros destrozando un hormiguero para ver lo que hay dentro. Así es como he destruido vuestras naves: veía la confusión que creaba, pero ignoraba que hacía mal hasta que tú me lo dijiste.

-La tuya es una forma de vida muy diferente de la nuestra. ¿ Sois muchos los que habitáis el espacio interestelar?

-¿Muchos? No, sólo estoy yo.

-Debes de sentirte muy solo -dije.

-¿Solo.. .? -Percibí claramente un matiz de profunda interrogación en su voz-. *Yo... solo.*

Todo empezó a temblar a mi alrededor y por un momento pensé que volvía el caos.

-Sí, me siento muy solo, pero no lo sabía hasta que has pronunciado esa palabra.

Volvió el temblor, acompañado de un cambio en la coloración del lugar.

-Por favor, ¿qué te ocurre? -grité.

Entonces vi cómo de sus verdes ojos brotaban lágrimas que arrasaban aquel rostro resplandeciente.

-Ya ves, estoy haciendo lo que vosotros llamáis llorar.

-Trata de dominarte -le dije-. Te comprendo. Siempre resulta doloroso descubrir que uno está solo. Es algo que se ignora hasta que se encuentra a otro.

-Sí. -Hubo una pausa-. *Hasta que se encuentra a otro que no está solo, como tú.*

-¿Crees que yo no estoy sola? -pregunté. Hubo una nueva pausa y los colores volvieron a la normalidad.

-Lo estás, lo veo en tu mente, pero no lo estás tanto como yo. -De nuevo un silencio, el temblor y las variaciones caleidoscópicas. Luego dijo: *Te amo.*

-¿Qué?

Lo repitió, sin que en esta ocasión se produjeran tantos fenómenos sensoriales.

-¿Me amas? ¿Por qué?

-Porque tienes poder sobre los tuyos, y estás sola, y no estás sola.

Me sentía totalmente confundida, pero al mismo tiempo creía entender.

-Es muy halagador.

-¿Querrás amarme, tú?

Aquello me dejó atónita. Sentía toda clase de afecto por aquel ser y empezaba a comprenderle, aunque no todavía a perdonar sus acciones destructoras. Aquello era demasiado.

-Ni siquiera sé qué quieres decir. No quiero herirte ni pretendo burlarme de ti, pero no alcanzo a comprender qué significa amarte.

-La palabra está en tu mente -fue su respuesta-. *Si te doy algo que deseas fervientemente, ¿me amarás?*

-Sigo sin...

-Lo que tú más quieres -me interrumpió-, *lo que deseas por encima de todo, es una descendencia capaz de vivir entre las estrellas. Sabes que, en su mayoría, los tuyos no podrían hacerlo en su actual estado. Te prometo que no destruiré ninguna otra nave y que tu progenie será capaz de vivir entre las estrellas y de comunicarse conmigo por los siglos de los siglos.*

Supongo que todos tenemos un punto débil, al que basta con pulsar para que todo se desencadene. Esta vez los colores cambiaron porque mis pupilas se habían dilatado bruscamente. El temblor se producía ahora en mi interior. Me siento incapaz de describir lo que sentí.

-Tú me amas -dijo, abriendo sus grandes brazos resplandecientes-. *Ven.*

Avancé hacia él.

¿Qué ocurrió entonces, potencias y naciones estelares, qué ocurrió entonces? Yo no lo sé. Sólo recuerdo los colores, el dolor, el torrente de sensaciones que me arrastró y me hundió en un torbellino de hielo metálico, que me hizo arder en una miríada de pensamientos nacientes y ya perfectos; el color, que viraba del blanco al rojo, se abismaba en una catarata de verdes y resurgía en dorados centelleantes de los que nacían esmeraldas que eran como sus ojos; el dolor, el placer transparente, irresistible, derrota de mis rodillas y del frío de mis ingles, que me penetraba a oleadas por la médula y estallaba en las yemas de mis dedos, serpenteaba en mi centro y rompía, ola tras ola, en el fulgor de una orilla intacta. El torrente se había desencadenado y su furia arreciaba, menguaba y volvía a arreciar, haciéndome llorar y reír, mientras yo me cubría la boca con las manos abiertas y todos mis músculos se tensaban como cables y se distendían después, volando como flechas hacia la saciedad que nacía en lo más profundo de mi y avanzaba como un trueno por mi pelvis para florecer, ardiente, en ella... Abracé su total presencia llameante, suave en mis manos como el rocío y dura como el metal.

Anotación siguiente:

Sigma-9 se deshizo dos minutos después de que despegara mi nave de enlace. Las interferencias electromagnéticas me pusieron los ojos negros y algo empezó a andar mal en el sistema de gravedad. Tuve que recorrer el camino de vuelta en ingravidez total, lo que me causó serias molestias.

Emití la señal de entrada y cuando había completado el trámite con el robot, intervino inesperadamente una voz:

-Aquí Sinythers, de la oficina judicial, capitana Lee. El juez Cartrite nos ha dicho que no le demos permiso de entrada en la Ciudad.

-¿Que no me den permiso de entrada?

-El juez Cartrite no desea que...

-Abra la condenada compuerta ahora mismo, o le hago trizas.

-Lo siento...

-Póngame con Cartrite. Siempre ha esperado que saliera de la Ciudad, pero va servido si piensa que me tendrá encerrada aquí fuera.

-Conmigo hay dos más, que debemos examinarla. Es posible que si se marcha y regresa dentro de algún tiempo, el juez Cartrite...

-¿Es que se han vuelto todos locos?

-No, capitana, pero nuestros ritos...

-Me importan un bledo sus ritos.

-Capitana -intervino otra voz-. ¿Podría decirme qué nota es ésta?

Por el altavoz se oyó un sonido parecido al de un clarín.

-No, no sabría decirle. ¿Por qué?

-Forma parte del examen sobre ritos que el juez Cartrite ha dispuesto como requisito de su entrada. La nota del clarín simboliza la llamada que nuestros antepasados...

-Le mataré en cuanto averigúe quién es usted -amenacé-. Le voy a declarar demente y le mandaré a la Calavera. Ahora déjeme entrar. Prometí que volvería y vuelvo. Suponga por un momento que he averiguado la causa de la destrucción de las otras ciudades. Suponga que puedo evitar que aquí suceda lo mismo... siempre que me dejen entrar.

Hubo un silencio.

-¿Ha encontrado al de los ojos verdes, el cabecilla de los Un Ojo amotinados?

-¿Lo trae con usted? -preguntó el otro.

-Claro que no. Y no es ningún hombre.

-¿Qué es entonces? -preguntó el tercer leguleyo, el del clarín.

-Voy a esperar aquí hasta que lo adivinen, o hasta que comprendan que se les agota el tiempo.

-Llamaré al juez Cartrite -dijo uno de ellos, y se puso a trompetear con el clarín. Al cabo de un instante, cuando aún no había llegado el juez, uno de ellos, al que se podía oir mordiéndose las uñas, dijo:

-La dejaré entrar.

Y se abrió la triple compuerta. Me los imaginé llorando, mientras el juez daba cuenta de ellos. Sin embargo, su suerte no me preocupaba lo más mínimo.

Veinte minutos más tarde hablaba por el intercomunicador con Cartrite. Le conté lo suficiente para despertarle la curiosidad, pero no solté prenda acerca de lo más importante. Aquella semana no salí apenas de mi sector: el primer día porque tenía los pies irritados a causa de la ingravidez a la que me expuse en el viaje de vuelta; después, por simple precaución.

Finalmente me acerqué al Mercado.

-Parks -dije. Su ayudante estaba sentado ante la mesa de control, enfrascado en sus garabatos. Las pilas de frascos con embriones llegaban hasta el techo-. Parks, tengo un problema. Quizá pueda ayudarme.

-¿De qué se trata, capitana?

-Estoy embarazada, Parks.

-¿Está *qué?*

-Voy a tener un hijo.

Parks se sentó.

-Pero... ¿Cómo ha sido?

-Buena pregunta -dije-, pero no sé la respuesta a ciencia cierta. Quiero que me lo saque de dentro.

-¿Quiere abortar?

-No, por Dios. Todo lo que le pido es que lo extraiga con el mayor de los cuidados y lo tenga en uno de sus frascos.

-Sigo sin entender... Todos los ciudadanos son esterilizados sistemáticamente. ¿Cómo...? ¿Está segura?

-Examíneme.

Lo hizo, y a continuación murmuró:

-Sí, creo que está embarazada. ¿Cuándo quiere que lo trasplantemos?

-Ahora mismo -respondí-. Manténgalo con vida, Parks. Me gustaría completar personalmente su gestación, pero no queda ya una mujer en toda la nación con la salud necesaria para salir con bien de un parto.

-Lo mantendremos vivo -aseguró Parks.

Me aplicó una anestesia local y seguí la operación por medio de un juego de espejos. Fue algo fascinante. Cuando terminó sentía gran apetito. Subí a mi habitación, cené y me quedé pensativa un buen rato. Me interrumpió Parks, llamándome desde el Mercado:

-Capitana Lee, capitana Lee -dijo, interrumpiéndose sofocado.

-¿Está bien el niño? -pregunté.

-Sí, está muy bien. Pero los demás se mueren, capitana, se están muriendo todos. Ya he perdido la mitad de las existencias.

-¿Ha aumentado la radiación?

Primero creí que el Destructor había faltado a su promesa y se acercaba a nosotros, pero luego pensé en que los restos de Sigma-9 volaban todavía en un curso paralelo al nuestro.

-Se trata de usted, capitana. Mídase con el detector, es todo cuanto se me ocurre. Ya he examinado su embrión y está empapado de radiactividad. No comprendo cómo sigue vivo, pero lo está y se encuentra perfectamente. En algún momento, este lugar ha sufrido un bombardeo de rayos gamma capaz de alterarlo todo y matar la mitad de los embriones. Yo mismo me siento bastante mal y he tenido que hacerme descontaminar.

-Entiendo. Le llamaré en seguida que tenga el resultado.

Corté la comunicación y me acerqué al contador de centelleo. El aparato señaló que estaba muerta desde que llegué a la nave. Iba a llamar a Parks cuando un zumbido del intercomunicador hizo que me detuviera. La cara del juez Cartrite apareció en la pantalla.

-Siento molestarla, capitana, pero he pensado que debo llevar este asunto en persona.

-¿De qué se trata?

-Me temo que voy a tener que arrestaría.

-¿Por qué?

-Leela RT-857 contra La Norma.

-Dígame, juez: pequeños detalles aparte, ¿en qué me diferencio del común de los mortales?

-No es cuestión de pequeños detalles, capitana. Usted ha estado embarazada, y en la Ciudad eso es algo ilegal e imperdonable.

-¿Quién se lo ha contado? -quise saber.

No imaginaba a Parks divulgando un asunto de aquella importancia. Pero la respuesta fue totalmente verosímil:

-El nuevo ayudante de Parks, que oyó casualmente una conversacion...

Unas lineas más abajo terminaban las anotaciones. Joneny cerró el libro. El niño, que permanecía en el interior de la burbuja, le alargaba otro, un diario parecido a aquél.

-Este es el de Hodge -dijo-, el verdugo.

Joneny lo cogió y, mientras ojeaba con expresión ceñuda una lacónica sucesión de reseñas de ejecuciones volvieron a su memoria algunos versos de la balada:

Cruzó los portales y las voces lloraron,
atravesó el Mercado y los niños murieron,
dejó el edificio del tribunal atrás
y llegó al pie del cerro de la Calavera.

¿Y la mujer que sostenía el niño de ojos verdes? Las últimas páginas daban más detalles. Hodge había escrito:

El juicio ha terminado. Ha sido muy breve: no había defensor. Yo no he asitido, pero lo he escuchado.

Varias veces al día la veo en la celda de los condenados, paseándose despacio ante el ventanal largo y estrecho. Le pesa la muerte en los hombros, pero no creo que sienta miedo. Una vez se detuvo y me llamó. Me acerqué y abrí la trampilla de la puerta para oír mejor. Me dijo:

-¿Qué ocurre en la Ciudad, Hodge?

-Reina el caos. Los ritos han escapado a todo control y la gente hace incursiones por el laberinto y está exterminando a los Un Ojo. Organizan auténticas cacerías, con gases y arpones. Ralf ha muerto. Yo ya no me acerco por allí.

Hasta entonces conservaba la calma, pero aquél fue un golpe muy duro para ella. Se lo vi en la cara.

-¿Puede conseguir que Parks venga a verme? -dijo en voz baja.

-No debería, pero lo haré, capitana.

Parks, el del Mercado, se dio tanta prisa que llegó jadeante. Me miró como si quisiera que me esfumase, pero yo no podía hacer eso. La capitana le dijo que no se inquietara, que yo era de confianza. Cuando Parks lo oyó, me miró con odio y dijo:

-Déle confianza y la matara.

-Para eso está -repuso la capitana-. Vamos, Parks. ¿Qué hay del niño? ¿Está a salvo?

El otro respondió afirmativamente, y explicó:

-Intentaron penetrar en el Mercado y destrozaron gran parte de los tubos, pero, después del primer ataque, se me ocurrió una idea. Ahora tenemos a alguien de nuestro lado, ¿sabe?

Ella le miró inquisitiva.

-Después de que mataran a Ralf durante uno de los ataques en masa, Merril vino a verme al Mercado -prosiguió Parks-, pues sabe que no formo parte de sus enemigos. En fin, del mismo modo en que le saqué el niño, lo he colocado en el interior de ella. Lo tendrá en la matriz hasta que falte una semana para el parto y entonces le practicaremos la cesárea. Así tendremos al niño en un recipiente móvil, y esas estúpidas orgías de destrucción de tubos no podrán acabar con él.

-Bien hecho -intervine.

-¿Qué significa ese niño, capitana? -preguntó Parks-. Hay algo verdaderamente especial en él, ¿no es cierto? ¿Tiene que ver con lo ocurrido en Sigma-9?

-Sí -afirmó ella, y se lo contó. Yo no comprendí muy bien su historia, pues ella utilizaba un lenguaje científico. Cuando terminó, Parks dijo muy despacio y muy bajo:

-Ahora sí llegaremos a las estrellas. -Y añadió-: No podrán dar con él. Los Un Ojo que todavía siguen con vida lo criarán. Merril sospechó que se trataba de algo por el estilo de lo que me ha contado, pero yo no comprendía... -Calló un instante-. Merril lloró por usted, capitana. Estábamos en el Mercado, hablando de su ejecución, y lloró... Lloramos los dos.

Ella siguió apoyada en el ventanal, asiendo fuertemente el borde, y su mandíbula se contrajo un par de veces.

-Asegúrese de que viva -fue todo cuanto dijo.

Las dos últimas anotaciones del diario de Hodge decían:

«Aumentan los desórdenes. Amenazan con llegar incluso hasta aquí.»

y

«Ejecutada hoy, a la cuatro de la tarde: Capitana Leela RT-857.»

-Y el niño vivió -dijo Joneny, volviéndose hacia el hijo del Destructor.

Este asintió.

-Cuando crecí, podía multiplicarme en tantos duplicados como quisiera, sin pasar por el proceso de gestación.

-Eso explica tus exhibiciones. Tu padre y tú existís un poco fuera del tiempo; esto explica la luminosidad que flameaba en las naves y el movimiento durante las suspensiones temporales. -Joneny cambió bruscamente de expresión-. Pero, ¿y la promesa? Le prometió a Leela que un día llegaríais a las estrellas y que allí estableceríais contacto con él...

-Pero no dijo cuándo. Oye, ¿vas a llevarme contigo a la Universidad, para que me estudien?

-Sí, claro, pero... -Se echó a reír-. Con tu facultad de leer el pensamiento, ya puedes establecer contacto con *cualquier* forma de vida. Esto, junto a tu capacidad de moverte fuera del tiempo, representa el mayor descubrimiento realizado en el campo de la antropología galáctica desde... desde no sé cuándo.

-Para eso estamos hechos: podemos llevar toda la información a mi padre, él la condensa para ti, y nosotros te la devolvemos. Si nos llevas allí donde necesites establecer contacto, nosotros haremos el resto.

Joneny estaba a punto de estallar de entusiasmo.

-Así realmente cumple la promesa, ya que no sólo serviréis de contacto con semihumanos, sino con todos los miembros de las sucesivas generaciones de humanos, en el pleno significado genético de la palabra. Serás, seréis, algo así como un mediador entre ellos y tu padre. ¿ Estás siempre en contacto con él, dondequiera que él esté y dondequiera que tú estés?

El niño inclinó ligeramente la cabeza.

-Mi padre y yo somos uno -dijo.

Instalado de nuevo en su vehículo, Joneny examinó por última vez el texto de la *Balada de Beta-2* y se admiró de la claridad con que se le mostraba ahora su significado. La historia de la tentativa de Leela por salvar a su pueblo aparecía en aquellos versos esquemáticos con la misma nitidez que muchos de los avatares por los que acababa de pasar. ¿Quién sería el autor de la Balada? ¿Uno de los últimos Un Ojo, o alguien del sector oficial? ¿Alguien en que una mezcla de compasión e impotencia tomó cuerpo por medio de la fuerza de aquellas palabras? Ya hacía planes sobre cómo servirse de los Hijos del Destructor en sus investigaciones sobre Creton III, cuando volvió a sonar en su mente la última estrofa del himno. Porque, en cierto modo, era un himno:

La sangre y el fuego, el hueso y la carroña
os cubren las rodillas; no es más que polvo
la Ciudad que fue piedra, hierro y madera,
pero ella volvió, tal como prometiera.